

Febrero de 1983

ANTE EL IV CONGRESO FEDERAL

REGLAMENTO PARA LA FASE PREPARATORIA DEL IV CONGRESO FEDERAL

REFLEXIONES SOBRE EL PARTIDO Y SU ACCION

CAPITALISMO Y PATRIARCADO

EL FEMINISMO HOY

IV CONGRESO FEDERAL

1

SUMARIO

CAPITALISMO Y PATRIARCADO

EL FEMINISMO HOY

ANTE EL IV CONGRESO FEDERAL

1. Si ello es posible, el próximo Congreso Federal se celebrará a finales de julio o a comienzos de agosto de este año.

2. El objetivo principal del Congreso es llevar a cabo una reflexión colectiva sobre el partido y su labor, precisar los problemas, conocerlos mejor, profundizar en su tratamiento y reforzar nuestra unidad.

Tal reflexión se hace necesaria en una situación en la que —como se apuntaba en la Circular del S.F. del 9 de mayo de 1982— las dificultades son numerosas y se están prolongando sensiblemente.

El Congreso, asimismo, podrá definir posiciones en los planos político, teórico y doctrinal, de acuerdo con nuestra evolución en los últimos años.

3. El primer texto que el C.F. somete al partido («Reflexiones sobre el partido y su acción») pretende abordar diversos problemas que nos interesan y preocupan especialmente, cuestiones bastante variadas relativas unas veces a nuestra experiencia pasada, otras a nuestra situación presente y en ocasiones al horizonte que tenemos delante.

El texto es deliberadamente poco acabado. A menudo propone interrogantes más que soluciones. Persigue que todas y todos los militantes y afiliados tomen en sus manos la responsabilidad de profundizar en el análisis de nuestros problemas y se esfuercen por buscar las soluciones más apropiadas. Aún en el caso de que estas últimas, después del proceso del Congreso, no sean muy numerosas o satisfactorias, el esfuerzo de reflexión y de responsabilización colectiva sobre la actividad y la construcción del partido habrá merecido la pena.

En la medida en que la discusión sea fructífera, el texto no sólo suscitará enmiendas o correcciones sino que también dará pie para que se esbocen respuestas a las preguntas apuntadas, lo que podrá permitir que el texto final adquiera un carácter más definido y, en este sentido, más parecido a lo que suele ser un texto aprobado por un Congreso.

4. En esta ocasión, los problemas relacionados con el feminismo se integran en el texto anterior (capítulo V). Entendemos que, dado el carácter de dicho texto, era preferible que este tema figurara entre los que se abordan en él.

Se adjuntan dos escritos sobre el particular, no para ser enmendados y sometidos al Congreso sino como materiales auxiliares, cuyo estudio consideramos necesa-

rio para comprender mejor y ahondar en algunos de los aspectos que se tocan en ese capítulo.

5. La cuestión del partido, los problemas de la transición al comunismo y la política nacional son contemplados en tres textos: «Un partido revolucionario, un partido comunista», «Problemas de la transformación revolucionaria» y «La lucha por las libertades nacionales». Estos tres documentos, partiendo de los correspondientes textos del II Congreso, reflejan la evolución del partido con respecto a esas cuestiones.

6. Nuestra política sindical que, como hemos solido señalar, es uno de los temas que justamente reclaman una mayor atención, constituye la materia de otro texto («Orientaciones para nuestro trabajo sindical»). En él se abordan los problemas detalladamente, pues, a nuestro juicio, convenía detenerse a fondo en el análisis de la situación, en el repaso de los pasos dados en los últimos años y en la precisión de las orientaciones que nos guían.

Este texto, tal como está, no lo presentamos como un proyecto de resolución para el Congreso, sino como un material de discusión general (al que se le puede dedicar más o menos tiempo en cada frente de trabajo, según sus propias necesidades) y sobre el que interesaría recoger no ya enmiendas detalladas sino opiniones, críticas, propuestas (indicando su representatividad aproximada)... Con todo ello se podría redactar, de cara a la segunda fase de la discusión o al propio Congreso, un proyecto de resolución más breve, centrado en las orientaciones menos coyunturales.

7. Finalmente proponemos una serie de modificaciones en los actuales Estatutos de conformidad con los problemas que creemos debe afrontar el partido en los años venideros.

8. La selección de temas efectuada deja fuera de la discusión algunos puntos de definición política general que fueron tratados con cierta extensión en el II Congreso del M.C. Esto nos parece difícilmente evitable, so pena de engordar todavía más los textos que hay que discutir, con la consiguiente dispersión de esfuerzos sobre los problemas que más preocupan y que mayor atención deben merecer. Además esos puntos no resultan en general conflictivos en el partido y, por otro lado, son objeto de tomas de posición precisas, si no pormenorizadas, en varios de los documentos que os presentamos. Quedan fuera de la discusión del Congreso algunos temas que, por su naturaleza, pueden ser abordados por otros cauces.

9. No hemos considerado adecuado incluir textos sobre cuestiones de interés histórico y teórico como la cuestión de Stalin, la III Internacional, el trotskismo... Estos problemas, antes de ser sometidos a un Congreso, han de merecer un estudio a fondo por parte del conjunto del partido, cosa que no se puede hacer en unos pocos meses. De lo contrario iríamos a una aprobación un tanto formalista y superficial. Por otra parte, si bien esas cuestiones poseen una trascendencia indudable, no es imprescindible tener una definición oficial muy precisa sobre ellas a corto plazo.

10. Nuestra idea inicial es no hacer un informe del C.F. saliente. De hecho, el grueso de lo que podría abarcar es examinado en «Reflexiones sobre el partido y su acción».

11. El Congreso Federal, entendido como un proceso de estudio, discusión y decisión, es un método que entre otras cosas aspira a reforzar la unidad del partido sobre unas posiciones justas, las cuales han de ir brotando de la discusión libre. Con este fin, se pondrán en práctica nuevas modalidades para garantizar la libertad de expresión de las corrientes de opinión que puedan existir. Llamamos a todas y a to-

dos los militantes a crear un clima de la máxima libertad en el que cada cual pueda defender sin reservas sus puntos de vista.

15 de enero de 1983

El Comité Federal

Calendario indicativo

- *Marzo y abril:* Primera fase de la discusión. Recogida y publicación de textos alternativos. Las enmiendas parciales deberán entregarse antes del 1 de mayo.
- *2.ª mitad de junio y julio:* Segunda fase de discusión.
- *Finales de julio o comienzos de agosto:* Celebración del Congreso.

REGLAMENTO PARA LA FASE PREPARATORIA DEL IV CONGRESO FEDERAL

1.—El primer período de discusión queda abierto con la publicación de los presentes textos y durará dos meses. En el mismo se estudiarán y discutirán los textos elaborados por el C.F. así como los documentos alternativos a éstos que sean presentados.

2.—Los Comités Nacionales y Regionales reunirán a las y los militantes de la organización regular en grupos de preparación del Congreso de entre 20 y 30 personas, salvo en aquellos casos en que, por razones particulares, no sea viable o resulte desaconsejable esa cifra. En estos grupos se canalizará la discusión —sin que esto excluya que la misma se desarrolle también en los organismos regulares—, se recogerán las enmiendas y se elegirán las y los delegados que habrán de asistir al Congreso. Los Comités Nacionales y Regionales se ocuparán de organizar la discusión y de recoger las propuestas y enmiendas de los miembros de otras organizaciones del partido. Establecerán de acuerdo con los órganos dirigentes de las organizaciones de la F.J.R. el modo en que éstas puedan participar en la discusión. Igualmente, resolverán la forma de llevar la discusión afiliados y afiliadas. Estos últimos y los miembros de las organizaciones de juventudes podrán presentar enmiendas.

3.—Quienes tengan discrepancias globales podrán presentar textos alternativos. El C.F. dará a estos escritos la misma difusión que a los suyos. Si, por razones excepcionales, el C.F. decide no publicar algún documento, deberá tomar la correspondiente decisión por una mayoría de tres cuartos y habrá de informar al Congreso de las causas que la motivaron.

4.—Las y los militantes que mantengan posiciones radicalmente discrepantes y que, por lo tanto, hayan presentado textos alternativos o se sumen a alguno de los presentados, podrán solicitar constituir corrientes de opinión en torno a dichos textos. Una vez constituida cada corriente de opinión, sus miembros dejarán de reunirse en los grupos de Congreso ordinarios y pasarán a agruparse aparte.

Este cauce persigue que puedan defender mejor sus posiciones quienes tienen puntos de vista parecidos y, a su vez, que puedan elegir sus representantes para el Congreso en proporción a su importancia numérica.

Las reuniones de las corrientes de opinión se celebrarán con la autorizacion del C.F. quien pondrá los medios materiales para que puedan realizarse.

5.—Las enmiendas parciales se recogerán al final de la primera fase de discusión. Es deseable que se presenten redactadas para facilitar su interpretación e in-

corporación. El C.F. podrá incluir aquellas que le parezcan coherentes con el contenido de sus textos. Asimismo, dará cuenta de aquellas que rechaza y de las razones que le llevan a hacerlo. Si éstas son muy numerosas, lo hará de aquellas que tengan una mayor representatividad (cinco votos como mínimo). Es conveniente, con este fin, que los grupos comuniquen las adhesiones recibidas por cada enmienda. Las corrientes de opinión, al igual que el C.F., podrán rehacer o corregir sus textos de cara a la segunda fase de discusión.

6.—La segunda fase de discusión durará como mínimo un mes y medio. A lo largo de ella se elegirán las y los delegados para el Congreso.

7.—La representación se establecerá de acuerdo con las siguientes normas:

a) Cada Organización contará con un número de representantes proporcional al número de sus militantes. La relación delegado/número de militantes la fijará en su día el C.F.

b) De conformidad con el artículo 7 de los Estatutos, «el C.F. podrá designar como delegados al Congreso, con voz y con voto, a aquellos militantes cuya presencia estime necesaria en número no superior al 10% de delegados».

c) Asimismo, de acuerdo con dicho artículo, podrá proponer al Congreso la presencia de algunos militantes y afiliados invitados, con voz y sin voto, en cifra no superior al 10% de los delegados.

d) En representación de la estructura de mujeres de cada Organización, participará en el Congreso una camarada, con voz y con voto, sin contabilizar en el cupo de representantes de esa Organización. El C.F. llama la atención, al propio tiempo, sobre la conveniencia de que en cada delegación haya un número de mujeres al menos proporcional a su presencia en cada Organización.

e) Los organismos de dirección nacional y regional se encargarán de poner los medios para que los puntos de vista de los miembros de las organizaciones dependientes del partido sean, por una u otra vía, discutidos en el Congreso.

f) El C.F. considera conveniente que, a la hora de elegir delegados, se trate de elegir una representación adecuada de las y los militantes del partido que militan a su vez en las organizaciones de la F.J.R. Cada una de estas organizaciones, por otra parte, podrá enviar al Congreso a dos de sus miembros, que tendrán voz pero no voto.

g) Según lo establecido en el artículo 7 de los Estatutos, participarán en el Congreso todas y todos los miembros del C.F.

8.—Las correcciones o textos propuestos pueden ser redactados en cualquiera de las lenguas de nuestros pueblos.

REFLEXIONES SOBRE EL PARTIDO Y SU ACCION

I
EVOLUCION DE LA SITUACION. INFLUENCIA SOBRE NUESTRA ACTIVIDAD

El MC, a lo largo de la última década, ha conocido dos períodos bastante diferenciados: la última etapa del franquismo y la fase de instauración de la *monarquía parlamentaria.*

Hasta 1975-76, los movimientos de las clases populares experimentaron una evolución positiva.

En todos los órdenes (luchas políticas democráticas, nacionales, obreras, etc.) se registra una actividad cada vez más intensa. Los diversos movimientos tienden a unir sus esfuerzos en la acción contra el enemigo común, el franquismo, que actúa como un poderoso factor de unificación. Aunque los sectores organizados son muy minoritarios, su representatividad es elevada, así como su capacidad para arrastrar y movilizar a sectores amplios en determinadas ocasiones. Las corrientes revolucionarias se desarrollan y, a pesar de su inmadurez, de su dogmatismo y de otros defectos, juegan un papel considerable.

A partir de 1977, las cosas cambian sensiblemente.

Toman cuerpo, si bien rebajados, varios de los objetivos de la lucha democrática; el Estado quedará revestido por un régimen parlamentario, lo que contribuye a embellecerlo; en ese marco se sellarán sustanciales acuerdos entre la izquierda tradicional y la derecha, entre ellos un acuerdo sobre el régimen político, expresado en su común defensa de la Constitución; la crisis económica da lugar a unos índices de desempleo sumamente elevados...

En estas condiciones, caen en picado las luchas democráticas (que conservarán cierto vigor en Euskadi); los movimientos sociales se dividen y diversifican (junto al fenómeno positivo de la aparición de nuevos movimientos de interés, viejos movimientos sociales importantes, como el sindical o el vecinal, se dividen y burocratizan); las luchas populares decrecen; en la clase obrera, el que había sido partido central durante muchos años, el PCE, es sustituido en ese puesto por el PSOE; diversos movimientos radicales adquieren una apreciable implantación en el seno de

algunos de los pueblos del Estado español, pero, a la vez, las corrientes revolucionarias de ámbito estatal que surgieron a finales de los años sesenta o a comienzos de los setenta, se estancan en algunos casos y llegan a desaparecer en otros...

Este sumario recordatorio de los cambios operados en nuestra sociedad en estos años no persigue otra cosa que hacer patente que *el MC ha estado sujeto a tensiones muy diferentes en cada uno de estos dos períodos.*

Las condiciones imperantes en el primero de ellos favorecieron la construcción de un partido ideológicamente firme y entusiasta, y organizativamente sólido, aunque también es verdad que, en ese período, el partido no encontró dificultades profundas, que son las que ayudan a madurar a una organización revolucionaria (1). Determinados defectos que nos caracterizaron entonces (dogmatismo que tendía a hacer de demasiadas posiciones políticas principios intangibles; visión distorsionada de aspectos cruciales de la realidad; política excesivamente abstracta) causaron efectos más nocivos a medida que la realidad se hacía más problemática, lo cual nos ayudó a combatirlos.

Con la reforma política, y el retroceso de los movimientos de masas, se han incrementado los obstáculos que encontramos en nuestro camino. El partido está pasando por una escuela propicia para avanzar en ciertas direcciones. La acción política revolucionaria es hoy más compleja, lo que nos ha obligado a reflexionar más y a afinar nuestros métodos. También nos exige un mejor conocimiento de los hechos reales. Igualmente, nos fuerza a buscar una conexión con la gente mejor anclada en lo concreto y no vinculada a abstracciones inoperantes. El dogmatismo es puesto a prueba cada día en una sociedad en la que los valores doctrinales de todo signo han perdido peso. Las dificultades con las que tropezamos reclaman un esfuerzo de reflexión continuo. La evolución de los acontecimientos en China —de donde habíamos recibido tan gran influencia—, por otro lado, nos estimula a impulsar un desarrollo teórico independiente, en el que estamos empeñados desde hace siete u ocho años, aunque con dedicación y resultados insuficientes.

Pero, al propio tiempo, el bajo nivel de actividad de los movimientos sociales, la disminución de las luchas, el aislamiento del movimiento revolucionario, son factores que propician una disminución del entusiasmo revolucionario en nuestras filas, un cierto cansancio en la actividad militante, desmoralización y pesimismo. A ello se suma la aparición de inclinaciones político-ideológicas en las que la impaciencia prima sobre la serenidad. Se registra, a la vez, una mayor presencia de actitudes negativas, destructivas, que acentúan insatisfacciones y tensiones.

El partido, así nos lo muestra nuestra historia, es una parte del movimiento de masas. Es una parte singularizada por la práctica militante, por la adhesión a unas metas comunistas, por su conciencia particular y por su organización diferenciada. Ello le proporciona una relativa independencia con respecto a las tendencias dominantes en las clases populares. Pero esa independencia no es total ni mucho menos (2). Es bastante dependiente de los vientos que corren en la sociedad y, más en concreto, en las clases sociales en las que está enraizado.

---

(1) En septiembre de 1972 describíamos así nuestra situación: «Nuestra actual situación se caracteriza por la obtención continuada de éxitos: fortalecimiento ideológico y político, gran unidad interna, crecimiento de nuestras filas, aumento de nuestra influencia» (*Boletín* n.° 2, «Algunas orientaciones para nuestro trabajo en el próximo período», pág. 12). En ese mismo texto se constataba que, en el año precedente, los efectivos del partido se habían duplicado, cosa que, por cierto, se repetiría en años posteriores.

(2) Esta cuestión se contemplaba en el *Boletín* n.° 33, mayo de 1980, donde se subrayaba que «si bien actuamos sobre la lucha de clases, influyendo en su desarrollo, nos vemos también influidos por ella, reflejando sus avances y sus retrocesos. Somos un ser vivo que actúa, siente, piensa, reacciona

Creemos, pues, que, por un lado, no debemos ignorar la relación de dependencia existente en el partido con respecto a los movimientos sociales amplios. En cierta medida, la combatividad y el grado de actividad del partido depende del estado de los grandes movimientos sociales —del movimiento obrero, antes que nada—. Pero, por otro lado, el partido no está *disuelto* en esos amplios movimientos sociales ni es una expresión de la *línea media* de sus estados de ánimo. Posee una autonomía política, ideológica y organizativa, así como una especial vinculación con los sectores más avanzados y luchadores, lo que le puede otorgar una capacidad de acción y una iniciativa estimables.

La sociedad española, además, está habitada por *graves problemas que dificultan una dominación confortable de la burguesía* y que abren flancos débiles de los que puede sacar particular provecho el movimiento revolucionario. Esta es una diferencia de cierta envergadura que distingue el cuadro de nuestra actividad del existente en otros países europeos.

Así, *nos hallamos lejos de esas democracias burguesas consolidadas por una larga historia,* en la que han conseguido tanto un amplio abanico de apoyos sociales como una adecuación a la misma de los aparatos estatales. En nuestro caso, el método de gobierno parlamentario, cuenta con numerosos apoyos sociales en las clases populares (aunque frecuentemente son muy superficiales), pero las actitudes hacia el mismo tanto de la burguesía como de aparatos estatales esenciales (entre los que sobresale el Ejército y la policía) están marcadas por el recelo cuando no por una oposición radical.

Otro problema de especial relieve es la reiterada *incapacidad de las clases dominantes para resolver cabalmente el problema de la construcción de la unidad española.* Su cerrilidad, su hostilidad hacia fórmulas de estructuración de la unidad más flexibles, hace que, aún hoy en día, ésta sea una cuestión de difícil solución, particularmente allí donde el movimiento nacional adquiere un carácter más radical, cual es el caso de Euskadi.

Un problema serio es *la debilidad y las contradicciones fundamentales de la economía española, acentuadas en el presente por la crisis económica.* El estado crítico de la economía provoca fenómenos muy diversos y no siempre positivos. Es evidente que, hasta ahora, las respuestas que ha suscitado en una clase obrera bastante encuadrada por los partidos reformistas tradicionales, han sido más bien negativas. El temor a perder el puesto de trabajo va unido frecuentemente a una disminución de la solidaridad clasista o a manifestaciones de solidaridad interclasista, en defensa de la «economía nacional». Pero la crisis económica reduce también el margen de maniobra de la burguesía, corta de recursos para emprender reformas de cierto costo económico. Asimismo origina no poco descontento y provoca, en ocasiones, luchas obreras de importancia.

Entre los problemas más serios, de cuantos afronta la burguesía, figura el *enfeudamiento del Estado español al bloque atlántico.* Tal problema se agrava especialmente en una época como la actual, en la que se acentúan las tensiones internacionales y en la que crece el peligro de extensión o de agudización del enfrentamiento entre los dos bloques. En estas circunstancias, la pertenencia del Estado español al bloque militar occidental entraña peligros muy graves, peligros que son percibidos cada vez con más claridad por muchas gentes y que generan variadas formas de protesta.

---

de un modo u otro... según los acontecimientos de la lucha de clases». Posteriormente se abundaba en la idea de que no se trata de un reflejo pasivo o de un simple reflejo (pág. 28).

Habría que hablar, también, de la *agobiante presión que sobre nuestra sociedad ejerce la Iglesia,* la cual constituye una seria traba para modernizar determinados aspectos de la vida social (como se ha podido apreciar reiteradamente en relación con el aborto o la enseñanza).

De todo lo anterior se desprende la constatación de que *nuestra sociedad padece una inestabilidad llamativa si se la compara con otras sociedades de Europa occidental.*

¿En qué medida esa inestabilidad puede propiciar la actividad revolucionaria y favorecer el crecimiento del movimiento revolucionario?

Tal es una cuestión de primera importancia a la que resulta imposible dar una respuesta rotunda.

Ciertamente *donde hay estabilidad, equilibrio, orden, paz, no hay revolución.* No obstante, *la inestabilidad no se traduce forzosamente en una mejora de las posiciones del campo revolucionario.*

La inestabilidad concreta que tenemos delante, hasta el momento actual, ha ido unida a fenómenos contradictorios. Merece destacar tres de ellos.

Uno es el de la *presión de las corrientes golpistas* y, en términos más amplios, del Ejército, sobre el marco político y la vida social. Esta presión puede llegar a desembocar en un golpe de Estado militar o en pronunciamientos de menor alcance, con la consiguiente liquidación o corrección del régimen parlamentario. Estas son posibilidades que no pueden ser descartadas, sin que tampoco se pueda asegurar fundadamente que es *segura* una salida golpista a la situación actual.

Otro fenómeno de relieve es *el ascenso del PSOE* (3) *y su acceso al Gobierno central.* Este hecho abre numerosos interrogantes. Dicho partido ha conseguido diez millones de votos y, gracias a ellos, ha alcanzado una mayoría parlamentaria absoluta. Esos votos, no obstante, no son una adquisición estable. Una parte importante de ellos son relativamente inconsistentes; pertenecen a gentes que anteriormente votaron por la derecha centrista. Otra parte importante, la mayoría, proceden de lo que podemos llamar la *izquierda social,* los sectores sociales más avanzados que, en su mayor parte y tomando como referencia el conjunto del Estado (esto no sería verdad en determinados ámbitos nacionales), han votado por el PSOE. ¿Qué actitudes se gestarán en el interior de esta izquierda social frente a lo limitado de la política de reformas del PSOE? ¿Hasta qué punto se generará oposición *de izquierda* al Gobierno? ¿De qué margen de maniobra dispondremos para impulsar una actividad, una lucha, no subordinada al reformismo instalado en el Gobierno?

Por otra parte, y examinando las cosas bajo otro ángulo, ¿en qué medida el PSOE logrará atenuar o exacerbar las contradicciones fundamentales de nuestra sociedad? ¿Qué nuevos problemas creará su presencia en el Gobierno y de qué bazas dispondrá para resolverlos? ¿Qué formas y qué dimensiones tendrá la oposición desde la derecha?

Estas son cuestiones cruciales, que habrán de ser respondidas a medida que la realidad suministre elementos de juicio, de las que dependerá bastante nuestra labor

---

(3) El ascenso del PSOE y la crisis del PCE guardan estrecha relación. Uno y otra se alimentan mutuamente. La crisis del PCE muestra así una faceta negativa: en el orden electoral se ha desarrollado en beneficio de posiciones social-demócratas. Pero la salida de ese partido de sectores de izquierda puede tener también repercusiones positivas. Por de pronto, permite reforzar las corrientes sindicales de izquierda, incorpora nuevas fuerzas obreras al movimiento contra la OTAN y las Bases, reduce el aislamiento del movimiento revolucionario.

futura: nuestra táctica precisa y nuestras posibilidades de unirnos a sectores diversos. Por de pronto hay que constatar que la formación de un Gobierno del PSOE proporciona al Estado y a las fuerzas sociales dominantes una especie de *pantalla* que tiende a hacer más difícil, más compleja, la actividad revolucionaria: el Gobierno no aparece, al menos de momento, como una institución *claramente* vinculada a la burguesía.

Un tercer fenómeno es el *mantenimiento de un conglomerado de fuerzas sociales, ideológicas o políticas que escapan al control de la izquierda tradicional* y que tienen áreas de influencia social de cierta importancia. Las fuerzas englobadas en esta categoría son bastante considerables en Euskadi, pero tienen cierto peso también en otros pueblos. Este conjunto de fuerzas, a pesar de su fragmentación, constituyen un capital político de interés que puede influir en el curso de los acontecimientos.

En relación con este aspecto posee particular importancia la evolución que pueda darse en el futuro en el antagonismo que enfrenta al movimiento radical vasco con el frente de fuerzas que se le oponen. ¿Acertará a conservar y tal vez a acrecentar sus respaldos sociales en el período venidero o, por el contrario, aumentarán sus dificultades? Esto puede influir sensiblemente no sólo en el futuro de Euskadi sino en el de todo el Estado español. El combate de este movimiento se ha convertido en un factor de importancia primordial a escala estatal. Su mantenimiento y su avance pueden favorecer el desarrollo de la actividad revolucionaria en todo el Estado. Un retroceso del mismo debilitaría al conjunto del campo revolucionario.

A partir de las contradicciones apuntadas y teniendo en cuenta estos fenómenos no cabe contar con una modificación sustancial de la relación de fuerzas entre el campo reformista y el revolucionario. Pero sí se puede actuar en diversas esferas, librar batallas parciales, ganar y unir a nuevas fuerzas y prepararse para combates de mayor envergadura. Ciertamente, el desarrollo del campo revolucionario a mayor escala —y de nuestro propio partido— depende de la reactivación de la lucha de clases y, de cara a la misma, sólo podemos jugar un papel limitado. Pero ese papel existe y sólo en la medida en que acertemos a desempeñarlo, podremos orientarnos hacia objetivos de mayor alcance.

II
MIRAR HACIA ATRAS PARA AVANZAR MEJOR

El período que arranca en 1976 está cuajado de enseñanzas en relación con aspectos relevantes de nuestra acción política.

Como decíamos en el capítulo anterior, el partido realizó, especialmente a partir de 1974, un esfuerzo por acercarse a la realidad concreta y por desplegar una actividad política unida a los problemas concretos.

Se trataba de salir de una etapa en la que se precisaba demasiado el largo plazo y demasiado poco la táctica, de una etapa en la que una tendencia a asumir los principios de un modo rígido y abstracto nos impedía a veces intervenir en diversos terrenos de la política práctica.

Esta marcha hacia lo concreto y en busca de una flexibilidad que, dejando atrás impedimentos dogmáticos, nos ayudara a estrechar nuestros lazos con la gente y a

reforzar el movimiento revolucionario, se fue llevando a cabo durante la última fase del franquismo.

La lucha democrática había de aparecer en esas condiciones en el centro de nuestras preocupaciones y de nuestra actividad.

En un plano general, nuestra orientación en la lucha democrática persiguió que el cambio de régimen fuera lo más drástico posible y que la participación de las masas trabajadoras fuese intensa. Tanto lo uno como lo otro nos parecía —creemos que con razón— que había de resultar bastante influyente en el curso posterior de la lucha de clases. Una reforma suave y controlada por fuerzas dominantes bajo el franquismo y unas masas desmovilizadas eran condiciones propicias para que el cambio de régimen se hiciera en términos poco democráticos y con efectos negativos para proseguir la lucha frente a la democracia burguesa.

¿Acertamos al colocar en este puesto la lucha democrática? Creemos que sí y que, precisando más, fue positivo que el partido agitara unas consignas inequívocamente democráticas e intentara ganar para ellas los máximos apoyos; que estimulara en esa dirección la lucha popular; que practicara, a partir de un planteamiento democrático radical, una política de unidad y lucha en el interior de las filas antifranquistas. Ello contribuyó a robustecer el movimiento popular y a reducir el aislamiento del movimiento revolucionario y de nuestro propio partido.

Pero, dicho esto, merece la pena descender a un plano más concreto con el fin de extraer algunas lecciones sobre nuestra acción política en esos años.

1. Las consignas

El *Boletín* n.° 6, «La agitación en favor de las libertades democráticas y la lucha por reformas políticas» (octubre de 1973), concede por primera vez una importancia primordial a las *consignas de lucha por objetivos parciales.* El texto está marcado todavía por una apreciable rigidez. Así, se da por buena la consigna de *libertad para los presos políticos* pero se considera preferible no airear la de *amnistía,* por considerarla demasiado vinculada a la política del PCE. No obstante, dicho *Boletín* representa un progreso en el orden táctico. El avance será mucho más acusado a partir del *Boletín* n.° 8 (julio de 1974).

En esos momentos el partido cuenta ya con una política relativamente definida y bastante correcta sobre las consignas parciales, la cual se expresa en dos criterios fundamentales.

En primer lugar, opera el criterio leninista sobre la lucha por reformas (primacía de la lucha que generan las consignas sobre el contenido, más o menos «ambicioso», de los objetivos enunciados; atender más al desarrollo del movimiento, de su acción, de su combatividad que al logro del objetivo propuesto).

En segundo lugar se aplica el criterio de combinar las consignas democráticas más elementales (que recogían las aspiraciones comunes de todo el movimiento popular antifranquista y a las que se adhería el conjunto de las fuerzas de la oposición, inclusive las reformistas-liberales) con otras que iban más lejos, más acordes con las exigencias de sectores más combativos pero que, en ocasiones, sintonizaban con una parte considerable del movimiento democrático en alza. Se trataba de unir la lucha por las libertades individuales a la lucha por los derechos nacionales (incluyendo el de autodeterminación); la lucha contra el *régimen institucional y legal* del franquismo a la lucha contra el *aparato estatal* franquista; la lucha contra la dictadura política a la lucha contra la clase económicamente dominante.

Un problema más complejo vino dado no ya por tal o cual consigna parcial sino por las posibles plataformas de conjunto que pudieran tomar el carácter de *programa gubernamental.* La consigna misma de *Gobierno democrático provisional* fue objeto, primero, de cierta oposición (*Boletín* n.° 9, diciembre de 1974) y, finalmente, se consideró útil emplearla, dándole un contenido determinado, para librar batalla, también en este plano, a los sectores más claudicantes de la oposición antifranquista. Tal cosa se planteaba en estos términos en la *Circular* del Comité Ejecutivo del 6 de noviembre de 1975).

A lo largo de 1976 fue tomando cuerpo una plataforma de consignas democráticas de conjunto en la que se incluía un abanico de objetivos adecuadamente seleccionados (4).

El problema real no estuvo vinculado a las ambigüedades que pudieran desprenderse de la agitación de estas consignas por parte de un partido revolucionario, sino a aspectos muy prácticos: era ya pequeño el campo de fuerzas dispuestas a luchar por ese programa y no llegamos a constituir un movimiento social de cierta envergadura que se identificara con esos objetivos. El movimiento democrático de masas estaba en su mayor parte bajo la influencia del reformismo y las «grandes maniobras» de Suárez estaban al caer, con lo que apenas dispusimos de tiempo para popularizar una plataforma de este tipo.

Más problemática fue la utilización posterior de la consigna de *Gobierno de unidad de la izquierda.* (*Boletín* n.° 19, 5 de septiembre de 1977). Tal consigna habría podido tener un empleo positivo si hubiese existido un movimiento, aunque fuera en embrión, en disposición de hacer suya esa exigencia. Pero lo cierto es que, para esas alturas, los sectores menos conscientes y más amplios de la izquierda no estaban ya en pie de *movilizarse* por objetivos políticos de cierto alcance. Y los sectores más conscientes, más avanzados y combativos, tenían la lucidez suficiente para considerar esa consigna inalcanzable. De hecho, teniendo en cuenta la situación en la que nos hallábamos, esta consigna apenas fue utilizada.

2. Las alianzas

En el período de 1975-76-77 nuestra política de alianzas tiene las siguientes características:

a) La *participación en organismos unitarios democráticos de cierta amplitud.* Nuestra presencia en ellos tuvo un doble objetivo: influir en lo que desde ellos se hiciera —y, en cierto modo, hacer de ellos un terreno de lucha contra las posiciones más vacilantes— y tratar de reducir el aislamiento en que nos encontrábamos. Estos organismos cubrieron una gama muy variada tanto por su composición como por sus objetivos o por el papel real que jugaron. No fue lo mismo la Plataforma de Convergencia Democrática que el Consello de Forzas Políticas Galegas, como fue muy distinta Coordinación Democrática de la primera Euskadiko Ezkerra. Es impo-

(4) Esa plataforma se resumía así: 1) Gobierno democrático provisional. 2) Amnistía. Anulación de todas las leyes que aseguraban la represión política. 3) Supresión de las instituciones franquistas y apertura de un período constituyente. No aceptación de la Monarquía. 4) Creación de Gobiernos provisionales autónomos. Reconocimiento del derecho al autogobierno y a la autodeterminación. 5) Disolución de las policías políticas. Depuración de los cuerpos armados. Desaparición de los tribunales especiales. Destrucción de los archivos policiales. Formación de una comisión democrática de investigación de las actividades policíacas. 6) Anulación de los Acuerdos internacionales con los Estados Unidos. Desmantelamiento de las Bases. Separación de la Iglesia y el Estado. 7) Levantamiento de los topes salariales... («Medidas democráticas urgentes», *Servir al Pueblo* n.° 56, 15 de junio de 1976).

sible, por tanto, hacer una evaluación precisa que englobe a todas aquellas experiencias. De un modo general pensamos que nuestra participación en ellas fue más bien positiva. Los objetivos apuntados se alcanzaron en cierta medida, desigual en cada caso, y las contrapartidas negativas (por ejemplo, el relativo desdibujamiento que conlleva toda alianza amplia) no fueron elevadas.

b) La *búsqueda de alianzas más estrechas con fuerzas situadas en el ala izquierda* de los citados organismos. El propósito fue positivo y los resultados, en ocasiones, de cierta importancia.

c) La *intervención en el primer proceso electoral,* el de Junio de 1977, *desde diversas plataformas más o menos unitarias* que, la mayoría de las veces —el caso de Euskadi fue algo diferente y en Andalucía nos retiramos—, no tuvieron un eco electoral significativo y presentaron el inconveniente de difuminar un tanto nuestra presencia y nuestras ideas en esos momentos.

3. Deficiencias y correcciones posteriores

¿Qué aspectos resultaron más deficientes en nuestra actividad política durante los años señalados? Recogeremos aquí aquéllos de los que hemos ido tomando conciencia y que han sido objeto de correcciones diversas.

a) En relación con los *temas de nuestra actividad* y nuestras *formas de acción,* hubo un período —especialmente a lo largo de 1977— en que nuestros contornos se oscurecieron. La firma de los Pactos de la Moncloa, a finales de ese año, y, sobre todo, el referéndum constitucional, en diciembre de 1978, ofrecieron sendas ocasiones valiosas para desmarcarse del reformismo y reafirmar nuestros perfiles revolucionarios. En lo tocante a las autonomías, en ocasiones cometimos el error de vincular en exceso las exigencias nacionales a unos procesos que pronto iban a mostrar su cortedad.

En el curso de 1979 se va afianzando en el partido la idea de concentrar nuestros esfuerzos en aquellos temas de la lucha política más adecuados para expresar nuestra política revolucionaria y para unirnos con las gentes de izquierda, principalmente con quienes están más a la izquierda. Los resultados de esa orientación son positivos y entendemos que hay que perseverar en ella.

Esto va unido, en el orden de las formas de lucha, a una cierta radicalización, lo que poco a poco ayuda a hacer valer mejor nuestras posiciones, a dar una imagen del partido más revolucionaria y a educarnos en un espíritu de mayor ofensividad.

No hay que perder de vista, sin embargo, que a veces este esfuerzo por subrayar nuestra voluntad revolucionaria, por delimitar mejor nuestras posiciones de las del reformismo, ha ido de la mano de cierto sectarismo y de una desconsideración de la necesidad de tender puentes hacia sectores más amplios del pueblo trabajador.

b) Una deficiencia política de ese período fue la *salida a la luz de todo el partido,* sin preservar, como hubiera sido de desear, una parte de nuestras fuerzas. Luego nos referiremos a esta cuestión, de la que aquí nos limitamos a dejar constancia.

c) Otro punto débil fue el *mantenimiento de una posición crítica muy drástica hacia ETA.* Sin pararnos a considerar ahora la parte de justeza y de error que había en el contenido de nuestras críticas —que de ambas cosas había, como hemos solido apuntar en distintas ocasiones—, lo que resulta indudable es que las mismas aparecían ante la gente —y, muy especialmente, ante los propios sectores integran-

tes de la izquierda abertzale— como una manifestación de hostilidad. Aunque nuestro punto de vista fuera muy diferente del de las fuerzas integrantes del *«frente antiterrorista»* —que no sólo *criticaban* sino que *condenaban* a ETA y justificaban la acción represiva contra ella—, nuestras críticas sistemáticas tendían de hecho a distorsionar nuestra propia posición y a perjudicar a una causa esencialmente justa: nuestras críticas podían aparecer como la expresión de un rechazo de toda actividad violenta, lo que era particularmente lamentable. Esto tuvo el efecto de dañar las relaciones entre el EMK —y el MC en su conjunto— y la izquierda abertzale. También a este respecto se fueron introduciendo correcciones en profundidad que, con el tiempo, van permitiendo superar las consecuencias de aquellos errores.

d) Hay, en fin, un vacío que se pudo apreciar en nuestra actuación en esos años.

Estamos pensando en la *debilidad de nuestros esfuerzos dedicados a propagar nuestros fines,* a explicar la necesidad de la lucha revolucionaria, a librar batallas contra las ideas reformistas, a avanzar en el terreno de la construcción teórica.

Dirigentes y cuadros, comités y células estaban demasiado centrados en la acción política a corto y medio plazo, descuidando lo que quedaba más allá de las necesidades inmediatas (5) que ella imponía. Esto se traducía en la acción política cotidiana, en los mítines y en las charlas, en la prensa partidista, en la ausencia de publicaciones que dieran cabida al estudio de cuestiones teóricas de mayor alcance.

También en este aspecto ha habido ciertos progresos, sobre todo si tomamos los años 1976 y 1977 como referencia. Pero la laguna, aunque mucho menor que entonces, sigue teniendo cierta entidad.

Una vez esbozados estos puntos débiles, de los que han ido surgiendo rectificaciones en cada caso, cabe preguntarse si, de no haberlos padecido, nuestra posición actual sería muy distinta de la que tenemos. A nuestro juicio, aunque esos problemas no hubiesen existido, nuestra implantación actual no sería sensiblemente mayor que la que poseemos. Lo limitado de nuestras fuerzas al desencadenarse el proceso de la reforma política y la evolución posterior de la sociedad hacían imposible que llegáramos mucho más lejos en materia de influencia política o de efectivos militantes. El interés que presenta la superación de esos errores está ligado, más modestamente, al desarrollo de nuestra capacidad para impulsar los movimientos más dinámicos y avanzados y para unirnos a los sectores radicales de corrientes diferentes de la nuestra. Las correcciones señaladas persiguen sobre todo esa finalidad.

En este capítulo hemos resumido diversas enseñanzas políticas que conciernen a campos un tanto conflictivos o en los que hemos cometido algunos errores. Nuestra experiencia ha suministrado otras lecciones útiles que, aunque evidentes e indiscutidas, no deben dejar de consignarse, no para cultivar la autosatisfacción sino para proseguir el camino emprendido.

Así, la política habitual hoy en el partido de impulsar cuantas luchas, cuantos combates parciales o de cierta amplitud sean posibles; o la persistencia en los esfuerzos unitarios en cada uno de nuestros pueblos; o la participación en los movi-

---

(5) Refiriéndose al período de 1976 y parte del 77, se decía en el *Boletín* n.° 19, 5 de septiembre de 1977, pág. 3: «...Frente a la tendencia precedente a dejarse seducir por orientaciones estratégicas excesivamente generales y abstractas, brota una tendencia —que afecta a todo el partido, en todos sus niveles— que puede calificarse de 'tactista' (poner la táctica en primer plano) o 'practicista' (consumir el tiempo en problemas de corto alcance, de repercusiones inmediatas, sin reflexionar suficientemente sobre los problemas de carácter general, sin planificar a plazos más largos). El 'localismo' va inseparablemente unido a todo esto (se ven las cuestiones casi exclusivamente en conexión con las realidades que se tienen más cerca, hay una despreocupación por las tareas de dirección centrales...)».

mientos sociales que poseen una carga positiva (feminista, ecologista, contra la OTAN...). En algunos casos, esos movimientos han surgido al margen del partido y nos hemos incorporado a ellos posteriormente; en otros, nuestra acción ha sido determinante de su nacimiento mismo y lo es hoy de su mantenimiento... A veces hemos acertado a captar problemas en torno a los cuales podía llegar a forjarse un movimiento popular (a escala del Estado español, el más significativo ha sido el de oposición a la OTAN y a las Bases). Hemos jugado un papel activo, aunque desde luego sin grandes resultados, en la reanimación de la conciencia antifascista, en la lucha contra el golpismo y la represión. En el conjunto del Estado español hemos promovido la solidaridad con la lucha del movimiento radical vasco, defendiendo la legitimidad de su causa y alimentando así la amistad entre los pueblos. Ha de resaltarse aquí, igualmente, la continuada labor internacionalista, en solidaridad con los pueblos en lucha (del Sahara, de Centroamérica, de Palestina...).

III
TRES CUESTIONES SOBRE NUESTRA ACCION POLITICA

1. La experimentación como método

El estancamiento del movimiento revolucionario suscita una lógica preocupación acerca de los caminos que podemos seguir para hacer frente a esta difícil situación.

Surge enseguida la tentación de explicar dicho estancamiento por una «falta de política» o por «la ausencia de una estrategia más desarrollada».

De un modo general, cabría atribuir a una ausencia de política o a una política errónea el aislamiento extremo de una organización revolucionaria *si se diera ante un pujante movimiento de luchas populares.* Pero no es éste, ciertamente, nuestro caso.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que en la preocupación mencionada late con frecuencia el justo propósito de precisar mejor nuestra visión estratégica, de ahondar en problemas tales como el de la debilidad de las experiencias revolucionarias en Europa occidental, el de la degradación de tantos procesos revolucionarios —con la consiguiente pérdida de puntos de referencia vivos y positivos para la transformación revolucionaria de nuestra propia sociedad—, o el de la crisis de tantas fuerzas revolucionarias...

Estas son preocupaciones bien fundadas y el partido ha de profundizar en el estudio de esos y otros muchos problemas de interés, como lo ha venido haciendo, aunque con cierta lentitud, en los últimos años (6).

En un plano más inmediato y concreto, el problema del *qué hacer* tiene un peso considerable. Ese problema no puede resolverse correctamente sin una definición

(6) Hemos reflexionado algo sobre los problemas citados y hemos precisado mejor nuestros puntos de vista sobre los objetivos de la transformación revolucionaria; sobre la violencia revolucionaria; sobre la cuestión del partido y sus relaciones con otros movimientos y con la sociedad; sobre las contradicciones de nuestra sociedad y las causas más avanzadas que en ella se manifiestan...

clara de objetivos últimos y sin una perspectiva estratégica adecuada. Pero, para abordarlo hace falta algo más.

El problema en cuestión es que resulta difícil hoy en día *hacer política*. O, dicho de otro modo, que los planteamientos tácticos que trazamos dan poco de sí. Es muy difícil convertirlos en acción.

¿Cómo afrontar este problema?

Creemos que *no sería una vía acertada la multiplicación de fórmulas, consignas, indicaciones, esto es, la inflación de orientaciones de carácter táctico.*

Antes que nada, hay que partir de que el partido está bastante aislado y que los sectores sociales en los que está incrustado muestran un grado de actividad escaso. Las tácticas se desarrollan con la lucha; si no hay lucha, el problema no se resuelve elaborando artificialmente abundantes fórmulas tácticas.

En lo que hace a la *cantidad* el partido posee un considerable caudal de orientaciones. El problema no está tanto en hacer *más* como en hacer *mejor*. ¿Y cómo conseguirlo?

Este es uno de los puntos en los que sería deseable que todo el partido hiciera una reflexión colectiva, concreta, a fondo.

¿En qué grado *el método del análisis de la realidad, la experimentación práctica, el balance de las experiencias y la generalización de los resultados es realmente aplicado a todos los niveles*?

¿Se estudian sistemáticamente los movimientos en los que se trabaja y las condiciones en que se desenvuelven? ¿Se prueba, se tantea, se experimenta? ¿Se examina lo que se ha hecho, especialmente cuando se ha empleado un procedimiento nuevo? ¿Se hacen los esfuerzos necesarios para transmitir las enseñanzas obtenidas?

Por nuestra parte pensamos que sobre este particular tenemos bastante que avanzar y que aquí se halla la clave para tratar correctamente el problema del quehacer cotidiano.

No nos interesa hoy acumular las orientaciones tácticas sino emplear resueltamente el método apuntado. Junto a las definiciones estratégicas y generales, y también junto a las orientaciones tácticas existentes —que, a su vez, están siendo sometidas a la prueba de la práctica—, necesitamos, por encima de todo, seguir de cerca la realidad y los movimientos reales; ajustarnos a la una y a los otros; descubrir las potencialidades de lucha que están ahí; experimentar formas de lucha y métodos de agitación, de educación y de organización; reflexionar sobre su aplicación práctica y los resultados alcanzados; extraer las lecciones oportunas y generalizar lo que haya de generalizable, sea por positivo, sea por negativo.

2. Nuestra presencia en los movimientos sociales

Hoy, las y los militantes del partido trabajan, en su gran mayoría, en diversos movimientos sociales más o menos organizados. Se puede decir que una buena parte de nuestra actividad discurre a través de esos cauces.

Ya en el pasado hemos solido reflexionar sobre los problemas relacionados con este hecho: ¿se emplean nuestras fuerzas, en cada caso, en los movimientos u organizaciones más adecuados?, ¿acertamos a desplegar una política propia en el interior de esos movimientos?, ¿combinamos bien una presencia del partido más bien indirecta —a través de militantes del partido que lo son a su vez de esas organizacio-

nes— con otra más directa, transmitiendo abiertamente nuestras posiciones particulares?... (7).

Estas líneas no persiguen cerrar esa reflexión sino prolongarla, incorporando a la misma otras cuestiones.

Se han solido dar a veces, por ejemplo, discusiones sobre el sentido de una tan gran dedicación de esfuerzos a movimientos sociales en los que obtenemos una «rentabilidad» escasa, al menos a corto plazo. Otras veces se han manifestado ciertas contradicciones, dentro del partido, con respecto a la relación entre movimientos fundamentales tradicionales, el sindical especialmente, y otros movimientos más recientes (el feminista, el ecologista, el de lucha contra la OTAN, el antimilitarista, los que conciernen a los derechos nacionales)... (8).

Sobre todas estas cuestiones conviene discutir en profundidad y, para favorecerlo, avanzamos a continuación algunos criterios que en nuestra opinión han de inspirar nuestro comportamiento.

a) Que existan movimientos organizados, sociales, diferentes de los partidos reformistas es un logro positivo. En el peor de los casos representan un campo de actuación en el que puede ejercerse nuestra influencia sobre gentes de izquierda. Frecuentemente son más que eso: son las vías a través de las cuales toman cuerpo movimientos de lucha de mayor o menor alcance. Nuestro partido no se puede concebir como una asociación ajena a esos movimientos organizados. Es una parte —aunque diferenciada e independiente— de las gentes de izquierda. En el interior de esos movimientos, el partido contribuye a su desarrollo, a su organización y a que su orientación sea lo más correcta posible, en lucha con las tendencias reformistas. A su vez, el partido aprende participando en esas organizaciones sociales: su adiestramiento como dirigente y su conocimiento de la realidad y de las propias fuerzas sociales se lleva a cabo en la acción y en el trabajo con esas fuerzas sociales.

b) Hemos de buscar una relación más estrecha con aquellos sectores que, en cada movimiento, muestran mayor combatividad. Esto, en la práctica, resulta muy complejo, como hemos podido apreciar reiteradamente, tanto a la hora de definir y delimitar esos sectores como al perfilar una táctica adecuada a su realidad en cada caso y, especialmente, al tratar de unir sus energías a las de sectores sociales menos avanzados.

c) Debemos ir allí donde hay movimiento, donde hay lucha. A veces no estamos en el lugar en que ésta surge y hay que acceder a él desde fuera. Otras veces participamos en su gestación. En ocasiones, en fin, un análisis de la realidad nos puede permitir calibrar los motivos de descontento e identificar en dónde puede generarse una mayor rebeldía. Todo ello ha de guiar en lo posible la distribución de nuestras fuerzas. En todo esto es imprescindible la experimentación práctica.

d) La clase obrera, con sus diversos componentes (trabajadores empleados en la industria y en los servicios, jornaleros, gente en paro...), por su condición de clase explotada, por su capacidad de organización y de lucha, ha de merecer una atención muy especial por nuestra parte. Pero esto no puede llevar a contraponer movimientos sociales de distinto carácter. Podemos y debemos estar en todos los movimientos que presentan un interés real. No existe un muro, por otro lado, entre unos y otros. Si nos atenemos a la realidad, vemos que en el movimiento sindical, por ejemplo, penetran otros movimientos (el feminista, por citar un caso concreto), y el

(7) Estas y otras cuestiones parecidas han venido siendo objeto de especial reflexión a partir del *Boletín* n.° 33, publicado en mayo de 1980.

(8) De los problemas específicos de la actividad sindical nos ocupamos aparte.

partido trabaja para que así sea. Asimismo, en esos «otros» movimientos, hay una presencia obrera evidente y hemos de laborar para que esto sea efectivamente así.

e) En los distintos movimientos, no sólo en los que están más subordinados al reformismo, hemos de mantener una presencia diferenciada, haciendo oír nuestra voz con nuestra posiciones propias sobre los problemas de mayor interés. En esto hemos progresado considerablemente en los últimos años.

f) El partido, en relación con los diversos movimientos, ha de ser un factor de unidad, de integración, frente a las inclinaciones «gremiales», localistas, parcelizadoras... En la medida de sus fuerzas, se tiene que notar su acción unificadora.

Estos puntos, y seguramente otros vinculados con estas cuestiones, deben ser considerados de acuerdo con los problemas reales que encontramos en nuestra actividad práctica.

3. La unidad con otras fuerzas radicales y revolucionarias

Este es uno de los problemas políticos que pesan más sobre nuestra actividad. En cada ámbito nacional existe un campo de fuerzas y corrientes situadas a la izquierda del reformismo con las que venimos impulsando políticas unitarias diversas.

Estas fuerzas tienen orígenes diferentes. Su origen está relacionado unas veces con el resurgir de los movimientos nacionales, otras con la crisis del PCE, otras con la generación de fuerzas de la izquierda revolucionaria de finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. En ocasiones estas corrientes no son organizaciones políticas sino tendencias radicales presentes en distintos movimientos sociales.

Partiendo de estos grupos y corrientes han tomado cuerpo algunas veces plataformas organizadas estables.

Las dificultades, sin embargo, para afianzar cauces unitarios son considerables: las diferencias políticas e ideológicas tienen con frecuencia bastante envergadura; los prejuicios y sectarismos se manifiestan con cierta fuerza; la escasez de luchas priva de base práctica a los esfuerzos unificadores y propicia una exacerbación de las diferencias; la parcelación de las preocupaciones de los diferentes sectores dificulta, asimismo, un entendimiento en un terreno común.

Si se observa el problema a escala estatal, las dificultades se agrandan. Las dinámicas de lucha son bastante desiguales; las diferentes tradiciones y las distintas situaciones crean centros de interés y objetivos variados en los distintos movimientos nacionales; los recelos abundan...

Por nuestra parte concedemos una especial atención al desarrollo de la unidad en el interior de cada pueblo y, a la vez, tratamos de favorecer una mayor comprensión de la necesidad de unir esfuerzos a nivel estatal.

¿Cómo seguir progresando en la vía de la unidad?

Examinando las fuerzas y corrientes existentes, precisando los puntos de coincidencia y los obstáculos concretos que dificultan la unidad, intensificando la búsqueda de un entendimiento con otras fuerzas, promoviendo iniciativas unitarias concretas...

Pero, además de esto, se puede intentar materializar la unidad bajo formas variadas. En algunos lugares se han creado plataformas unitarias que cubren diversos terrenos y que reposan sobre una definición política de conjunto (Esquerra Unida del

País Valencià, Bloque Popular de Extremadura, Bloque de Izquierda Asturiano, Coordinadora de Izquierda Riojana).

La cuestión que a menudo se plantea es: *¿debe generalizarse este tipo de plataformas?*

Este es un punto que merece un examen atento a la luz de las condiciones que concurren en cada caso.

Por nuestra parte estimamos que las plataformas deben ajustarse siempre a la realidad. Cuando ésta permite formar y mantener este tipo de organismos, bienvenidas sean. Pero otras veces, la unidad puede prosperar mejor bajo otras formas, en torno a objetivos más limitados (los comités anti-OTAN son, en este sentido, organismos de unidad popular, si bien con unos fines más restringidos). En ocasiones se vislumbra que pueden crearse condiciones para plataformas de carácter más global pero que se requiere dar antes pasos intermedios (colaboración en determinados movimientos, acciones unitarias que no desembocan en una alianza estable, etc.). Otras veces la indefinición de las fuerzas aliadas o sus contradicciones internas hacen desaconsejable lanzarse por una vía tan comprometida como es una plataforma estable.

Las plataformas del género de las señaladas son útiles, sin duda, pero a condición de que se den realmente unas condiciones mínimas para su mantenimiento.

Por otra parte, hay que recalcar que más importante que la utilización de tal o cual fórmula (una fórmula puede ayudar pero no es tan decisiva) es *que el partido esté sinceramente inspirado por una voluntad unificadora y que despliegue una labor permanente en esa dirección.*

Ese propósito unitario está en la raíz de los logros obtenidos en estos últimos años, logros que se llaman: una relación amistosa con diferentes corrientes nacionalistas radicales y una colaboración con ellas en combates e iniciativas de interés (en defensa de los derechos nacionales, contra la Constitución, contra la represión y la Ley antiterrorista...); una mejora de las relaciones con la LCR y el desarrollo de una discusión en profundidad de los problemas existentes entre ambos partidos; distintas formas de colaboración con sectores que han ido alejándose del PCE, desde posiciones de izquierda (esta colaboración se ha plasmado sobre todo en la lucha contra la OTAN y las Bases, en el plano sindical y en la actividad de solidaridad internacionalista).

IV
LA SALIDA A LA LUZ DEL PARTIDO EN LOS AÑOS DE LA TRANSICION POLITICA

Este es un problema de evidente trascendencia sobre el que se hace necesario volver la vista. El partido pasó, en los años 76 y 77, de una situación de clandestinidad relativamente estricta a otra caracterizada por la ausencia de clandestinidad, con lo que ello implica de vulnerabilidad frente a los golpes del enemigo y, por lo mismo, de limitación de nuestro margen de movimiento.

1. Antecedentes

Tradicionalmente, este problema venía siendo asumido de un modo correcto en nuestras filas. Así, en 1971, encontramos un tratamiento de la cuestión claramente satisfactorio:

«...A todas ellas [las organizaciones comunistas] les es necesario proteger cuando menos una parte y a veces la totalidad de sus efectivos organizados, colocándolos fuera del alcance de la represión, colocándolos en la clandestinidad.

«(...) [En una democracia burguesa] la organización de vanguardia del proletariado podrá tener al descubierto una parte de sus efectivos (incluso una parte considerable) con el fin de aprovechar las posibilidades que para la agitación, organización y propaganda ofrece el marco legal de un Estado de este tipo.

«Pero incluso en esas condiciones, la organización de vanguardia no deberá perder de vista nunca la perspectiva de la clandestinidad» (9).

La aplicación de esta orientación general empezó a plantear problemas de cierta complejidad en 1974-75, cuando comienzan a brotar ciertas áreas de actuación legal o semi-legal, de mayor importancia que las anteriormente existentes, y, con ellas, la necesidad de ponerlas al servicio de nuestra labor revolucionaria. Así se contemplaba el problema en un artículo publicado en *Servir al Pueblo* a principios de 1975:

«En el presente año, si no se interrumpe la política de 'apertura', cabe esperar que se ensanchen las posibilidades legales a diversos terrenos. No hace falta decir que el saber utilizar a fondo todas las posibilidades que surjan ha de ser una de nuestras tareas más importantes. Es fundamental que los comunistas y los revolucionarios sepamos servirnos de ellas con audacia para no dejar el campo libre al reformismo, para desarrollar la organización ilegal y semi-legal de las masas, para incrementar la agitación contra el fascismo y para movilizar al pueblo, en primer lugar contra los límites mismos de esas posibilidades legales que se vayan obteniendo» (10).

En el *Boletín* n.° 13, febrero de 1976, se concreta más este planteamiento, al que se había hecho también referencia en el Informe de la Dirección saliente ante el I Congreso (agosto de 1975):

«Es preciso antes que nada hacer un esfuerzo por popularizar al MC, sacando a la luz a los militantes y cuadros que sea posible (...). El aspecto más problemático de todo esto es, desde luego, el de las personas que deben ser conocidas públicamente: es una cuestión de gran importancia que debe ser resuelta de un modo concreto, con orden y control, en cada sitio. Hasta ahora hemos avanzado algo en el sentido de sacar a la luz a militantes y cuadros en tanto que miembros de organizaciones de masas o de plataformas diversas. Eso es muy importante, pero a ello hay que agregar la promoción pública de miembros del partido que aparezcan como tales. En esto es en lo que llevamos un mayor retraso.

«En la mente de todos están los peligros que entraña esta política, y está claro que si nos metemos por ese camino es porque pensamos que es poco probable que a un plazo corto o medio se vuelva a los métodos fascistas de hace algún tiempo. Por otro lado, hay que tener en cuenta que si, en el caso de equivocar-

---

(9) De las primeras «Normas para el trabajo en la clandestinidad», págs. 3 y 4.
(10) «La situación política al entrar en 1975», *Servir al Pueblo* n.° 35, enero de 1975, pág. 6.

nos, la represión puede hacernos bastante daño, es peor el que nos puede causar el no sabernos 'colocar' con audacia en los actuales momentos» (11).

Estos trozos creemos que expresan bien cuál era nuestra actitud ante la cuestión de la clandestinidad en esos años.

En el II Congreso, marzo de 1978, constataríamos que habíamos llevado a cabo un

«...Abandono excesivo y desordenado de la clandestinidad, error éste que coloca al partido en una situación de vulnerabilidad impropia de un partido revolucionario» (12).

Y, consecuentemente, se afirmaba que

«El partido debe prepararse en todos los órdenes para combinar las formas de lucha legales con las ilegales, para defender sus posiciones en la legalidad y, a la vez, para proseguir su acción en la ilegalidad y bajo una represión aguda llegado el momento» (13).

¿Qué había llevado al partido a esa situación? Esa es la pregunta a la que interesa responder en la actualidad.

2. Condiciones

Es imprescindible mencionar un hecho que tiene repercusiones de primer orden sobre la cuestión que acordamos. Tal hecho es el paso de un régimen fascista a otro democrático burgués.

El problema de la clandestinidad y de la utilización de la legalidad no se puede examinar ignorando este fenómeno.

De entrada se puede afirmar que del mismo se deriva la *salida obligatoria de una parte* del partido de la clandestinidad (el problema, en todo caso, estriba en que esa salida no fue limitada).

Esta salida obligatoria estaba motivada, en primer lugar, por el desarrollo de un proceso de *abandono de la clandestinidad por parte de la gente organizada en los diversos movimientos sociales,* movimientos en los que trabajaban *la mayor parte* de los miembros del partido.

El partido forma parte de las clases trabajadoras y no puede ser insensible ni permanecer al margen de los procesos que se registran en su interior. Concretando más: no sería justo abandonar los movimientos sociales en los que estamos inmersos por el hecho de que esos movimientos están en la legalidad y se hallan, por decirlo así, *al descubierto.*

En este sentido el problema al que nos referimos es profundo y actual. La democracia burguesa, al abrir cauces legales para la acción social y política, empuja al movimiento obrero y a los restantes movimientos populares a la legalidad, lo que permite disponer de medios de mayor amplitud para su actividad pero implica, a su vez, una hipoteca sobre su futuro y una limitación de su libertad para practicar mé-

---

(11) Boletín n.° 13, «De cara al futuro», febrero de 1976, pág. 8.

(12) Informe del Comité Central saliente ante el II Congreso, «Diez años de lucha por el socialismo. Documentos y Resoluciones del II Congreso», pág. 20.

(13) Idem, pág. 25.

todos de lucha más radicales. Esto ocurre con los movimientos sociales y, cuando menos en cierto grado, con los partidos revolucionarios que participan en ellos.

Pero la salida de la clandestinidad estaba determinada también, en ciertas magnitudes al menos, por las *necesidades de la lucha política*.

En el período al que aludimos se inicia una pugna *abierta* entre los diversos partidos y, por lo tanto, entre las líneas que cada uno de ellos representa. Anteriormente, bajo el peso de la represión, esa lucha se desplegaba *encubierta por la clandestinidad.* Los partidos aparecían *directamente* ante las masas, a través de su prensa, por ejemplo, pero, en buena medida ejercían su influencia *por vías indirectas* (como los representantes de los movimientos sociales, con un peso en sus lugares de trabajo o de actividad. Estas personas poseían una audiencia y una representatividad a veces muy notables en tanto que defensoras de las masas pero no necesariamente en su calidad, a menudo ignorada, de miembros de una fuerza política).

También al partido, a su escala, se le presentaba la necesidad de hacer valer su «capital social», el peso de quienes, durante años, habían conquistado un prestigio con su lucha.

Asimismo, hay que tomar en consideración que el MC entraba en la fase de transición sin haber logrado, en la etapa anterior, conectar con sectores sociales amplios, lo que acentuaba el peligro de aislamiento político. Esta era una razón más para tratar de asegurar una presencia propia en el nuevo marco político que estaba gestándose.

Hay que tener presente, igualmente, que el descubrimiento de una parte de nuestros efectivos formaba parte de una táctica encaminada a desbordar los cauces que las diferentes tentativas neofranquistas intentaban imponer a los movimientos populares. Esta táctica fue aplicada por el movimiento antifranquista en su conjunto —y también por el partido— con demasiada alegría, pero no creemos que haya que impugnarla en su totalidad.

Para completar este resumen sobre las condiciones que empujaban a un partido como el nuestro a dejar de lado la clandestinidad, hay que aludir a la fuerte aceleración de la vida política y social en 1976 y 1977. La clandestinidad se mantiene gracias a unas normas contradictorias con la rapidez. Más seguridad entraña más lentitud. Sin embargo, en esos años era necesario funcionar con rapidez: los movimientos de todo tipo se sucedían a buen ritmo; las luchas se extendían; las maniobras políticas se multiplicaban. Eso presionaba en el sentido de multiplicar los cauces y de facilitar las conexiones para hacer frente con prontitud a los problemas que surgían incesantemente.

3. Errores

Lo dicho no pretende restar importancia a los errores cometidos, pero tampoco podríamos acotarlos e intentar superarlos si ignoráramos las condiciones que, más allá de nuestra voluntad, hacen obligatorio un abandono *parcial* de la clandestinidad, es decir, una acción abierta y legal o paralegal, y, a la vez, presionan en el sentido de destruir *toda* clandestinidad.

En relación con el problema que nos ocupa, las deficiencias principales fueron, a nuestro juicio, las que siguen:

a) En el período al que estamos refiriéndonos teníamos una idea sobre la posible estabilidad del régimen de la reforma superior a la que se daba realmente.

Sin detenernos ahora en este aspecto —sobre el que luego volveremos—, es preciso apuntar que esto conllevaba un *debilitamiento de la conciencia sobre la necesidad de la clandestinidad.* No es que pensáramos que ésta no era necesaria; el problema estribaba en que tal necesidad, que nadie ponía en cuestión, perdió fuerza en nuestras conciencias. Al propio tiempo, destacamos unilateralmente la conveniencia de sacar a la luz una parte de nuestros efectivos. Insistimos mucho en esto último y poco en aquello.

b) El partido atravesó entonces por una situación de *fragilidad generalizada en el orden organizativo:* una desatención de las cuestiones de organización, una reducción del control organizativo, un dispositivo de dirección excesivamente pequeño, ausencia de planes y previsiones en el trabajo, descuido de los aspectos organizativos de la vida partidista... Todo ello contribuyó a que *el empleo de nuestras fuerzas, en todos los terrenos, tuviera mucho de espontáneo.* Esto afectó también a la cuestión de la clandestinidad: se preconizaba reservar una parte de nuestras fuerzas pero no había planes que precisaran qué parte y de acuerdo con qué criterios concretos, ni las vías organizativas funcionaban con una eficacia suficiente como para *organizar y controlar* algo tan laborioso y complicado como es la *separación* de quienes habían de permanecer en un plano más reservado.

c) Finalmente, no sabíamos cuál podía ser el *método* adecuado para alcanzar el objetivo propuesto. Ignorábamos *cómo* se podía hacer eso. No percibíamos, en especial, la necesidad de asociar tal objetivo a un desdoblamiento organizativo y a un tipo de actividad que sustentara esa experiencia, diferente a la que era y es habitual en organización regular. Si no hubieran pesado las dos deficiencias anteriores hubiéramos dado mil vueltas a este problema y seguramente hubiésemos encontrado fórmulas útiles para ayudarnos a resolverlo.

V
EL FEMINISMO EN EL PARTIDO

¿Es posible que el MC llegue a ser un partido que asuma consecuentemente la causa de la liberación de las mujeres? Esta era la pregunta que nos planteábamos en la Carta Circular de mayo del 77, pregunta que constituía una de las preocupaciones fundamentales de muchas mujeres del partido.

Desde entonces han transcurrido ya unos cuantos años, tenemos una experiencia acumulada y podemos dar alguna respuesta a esa pregunta; podemos perfilar también, de manera más precisa, las preguntas que aún no tienen respuesta acabada.

He aquí algunas cuestiones que hoy ya no se presentan como hipótesis, como lo eran entonces:

1.—Nuestro partido ha sido capaz de dar pasos considerables en el sentido de asumir la causa de liberación de las mujeres manteniendo, al mismo tiempo, la unidad partidista.

Ello significa, por una parte, que hemos sido capaces de acercarnos a un tema, el de la liberación de las mujeres, que había sido muy insuficiente y unilateralmente abordado por los autores marxistas clásicos; que hemos sido capaces de aproximarnos a la realidad, al análisis de la misma sin que «las tradiciones» y «lo que dijeron

los clásicos» nos ataran, sin graves ideas preconcebidas, dogmáticas. Y fuimos capaces, en este mismo sentido, de dotarnos de fórmulas organizativas bien innovadoras que han demostrado ser útiles. La estructura autónoma de mujeres, tal y como se apuntaba en el *Boletín* n.° 38, de mayo de 1981, ha resultado ser un elemento decisivo para el avance feminista de las mujeres y del conjunto del partido.

Por otra parte, hay que constatar que, *en lo fundamental,* nuestro partido ha sabido tratar de un modo bastante satisfactorio la contradicción que enfrenta a hombres y mujeres en nuestras propias filas, lo suficientemente satisfactorio como para que se avanzara en el feminismo y se mantuviera la unidad del mismo. Llegar a ser conscientes de esta contradicción y no haber dado a la misma un tratamiento adecuado ha sido un elemento determinante en la desaparición o en el debilitamiento de partidos de la izquierda revolucionaria en otros países (14).

Como decíamos, hemos sabido mantener la unidad partidista sin que ello haya sido al precio de no avanzar en la asimilación de planteamientos feministas. Si esto ha sido posible, y tal y como se puede constatar por la experiencia de otros partidos no era tarea fácil, creemos que se debe, en primer lugar, a un espíritu revolucionario bastante sólido en el conjunto del partido. Espíritu que se ha traducido, por parte de los hombres, en intentar comprender la justeza de la lucha feminista y, por parte de las mujeres, en ser tenaces, en saber comprender que la tarea era dura y complicada, y en no perder de vista lo valioso que es la existencia del partido y, por ello, la defensa de su unidad. Pensamos que hay que destacar también el papel que, en general, han jugado los organismos de dirección federal del partido, apoyando la labor del Colectivo Federal. Esta ha sido también una causa decisiva del avance realizado.

Estas son algunas afirmaciones que hoy podemos hacer. Sin embargo, hemos podido también constatar que las dificultades que preveíamos han sido reales y que algunas, incluso, han sido más serias de lo que podíamos pensar.

2.—Es una tarea ardua conseguir que el conjunto de los hombres del partido transformen en profundidad, cabalmente, ideas, actitudes y comportamientos para con las mujeres, que consideren que preocuparse por combatir las actitudes y comportamientos machistas de los hombres del pueblo tiene que formar parte de su actividad revolucionaria y que aprecien como una tarea importante el incorporar los temas feministas al conjunto de su actividad política.

En este terreno, en sus dos vertientes, la de la transformación individual y la de la actividad política, no se puede negar que se han obtenido cambios, a veces incluso importantes; sin embargo, la tarea que tenemos por delante es aún enorme.

Se siguen dando en el partido —y no son casos aislados— comportamientos groseramente machistas y se sigue dando —y esto de un modo demasiado general— una actitud tolerante, excesivamente «comprensiva» ante los mismos. Existe, al mismo tiempo, una actitud bastante satisfecha ante lo que hemos logrado y, por ello, poco combativa. Podemos afirmar que sigue existiendo la conciencia de que los temas más directamente relacionados con la opresión de las mujeres son asuntos

(14) *Lotta Continua,* partido italiano con relativa representatividad social, ha sido quizás el caso más drástico: se dividió literalmente en dos partes y ésta fue una causa decisiva en su liquidación. *Democrazia Proletaria* siguió en parte un proceso similar, aunque suavizado: muchas mujeres lo abandonaron y las que quedaron se negaron a formar parte de la dirección. El *Komunistisches Bund,* de Alemania Federal, en su último Congreso, vivió una situación muy crítica de ruptura de la unidad por esta misma causa, aunque en este caso esta ruptura se produjo también entre las mujeres. *En Lutte,* organización canadiense, se ha disuelto en junio del 82. En ello ha influido también «la cuestión de las mujeres», junto con otros problemas.

que corresponde defender a las mujeres y en los que los hombres poco o nada tienen que intervenir.

Es cierto que nuestro partido ha sabido apreciar aspectos concretos de la lucha de las mujeres y los ha apoyado, incluso, con firmeza. Sin embargo, ello ha quedado reducido muchas veces al papel, sin que los militantes llevaran estos temas, a no ser en forma de octavillas, a las fábricas, a los diversos centros de actividad...

Lo anterior plantea una situación difícil a las mujeres, sobre todo a las más conscientemente feministas. Por lo general, a menos que se trate de casos claramente llamativos, las militantes se encuentran solas en esta empresa de conseguir que nuestro partido sea más coherente entre lo que son sus posiciones políticas y lo que es su práctica.

Las más de las veces, las cuadros y las militantes se ven poco apoyadas en este combate, con una clara conciencia de estar importunando y de que no se comprende el porqué de su actitud intransigente.

Donde mayor incomprensión suele darse es en la lucha contra las actitudes machistas. Parece como si, de modo no expreso, claro está, se considerara que ello poco tiene que ver con conseguir que nuestro partido avance en su carácter feminista. O como si se creyera que esta actitud de las militantes se debiera a un espíritu corporativo, estrecho de las mujeres en defensa de sus intereses. En cualquier caso, lo que hoy sí podemos afirmar es que donde este combate cotidiano no se desarrolla, el partido no tiene sentadas ni las bases mínimas para hacer política feminista. Estas contradicciones se manifiestan también en el terreno de cómo, cuándo, tratar en nuestra actividad política general los temas relativos a las mujeres... (Este aspecto lo abordaremos posteriormente con más detalle.)

Por parte de las mujeres existe el peligro de plegarse a la situación y de caer en el escepticismo. Las mujeres, y de modo especial las cuadros, se mueven en una constante contradicción, teniendo miedo de «pasarse» o de «no llegar». No es siempre fácil saber hasta dónde o de qué modo hay que plantear las diversas batallas. En más de una ocasión, existe, por parte de las mujeres el temor de no estar acertando, de desenfocar las cuestiones.

Todo esto es relativamente fácil de solucionar allí donde los comités a los diversos niveles, pero de modo muy especial los superiores, abordan y discuten con franqueza y sin tensiones sobre el tema. La situación se vuelve muy difícil donde a causa de una historia conflictiva, a causa de unos problemas mal resueltos, a causa de una insuficiente comprensión del problema y de su importancia, los comités adoptan actitudes de inhibición, de no apoyo a los Colectivos. Y cuando hablamos de apoyo, lo hacemos en su sentido más amplio que incluye también, evidentemente, la crítica.

La lucha feminista en el seno del partido plantea a las mujeres, y muy en especial a las cuadros, situaciones de cierta dificultad. Si éstas no son resueltas, si existen problemas de entendimiento con los comités, el entusiasmo de las mujeres se socava, se pierde confianza en las posibilidades de transformación feminista del partido y en que sus esfuerzos sirvan para algo.

3.—Podemos afirmar que hoy existe, en lo fundamental, en nuestro partido una valoración adecuada de lo que significa el movimiento feminista y de la importancia que tiene la existencia del mismo para el desarrollo de la lucha revolucionaria.

Sin embargo, aquí y allá, tropezamos con ideas y valoraciones del movimiento feminista reveladoras de que siguen existiendo, aunque de forma minoritaria, prejuicios e incomprensiones. Tales juicios son, en ocasiones, simples tergiversaciones

de lo que en realidad son las organizaciones feministas, de su composición, etc. En otros casos denotan una gran intransigencia hacia lo que pueden ser las deficiencias del movimiento feminista, intransigencia que no se da hacia otros movimientos sociales. Creemos —la experiencia así nos lo muestra— que estos juicios no sólo manifiestan problemas de actitud o de falta de comprensión —cuestiones ambas que por sí mismas exigirían una atención especial— sino que pueden tener y tienen consecuencias políticas. Consecuencias tales como la de no valorar el trabajo de las militantes en las organizaciones de mujeres, la de no hacer esfuerzos desde los demás movimientos sociales o desde el propio partido para que se cuente con el movimiento feminista en tal o cual actividad política general, o la de considerar que son demasiadas las militantes del partido que desarrollan su trabajo en el seno de este movimiento.

Por otra parte, constatamos que entre los hombres del partido existe, por lo general, un desconocimiento bastante grande sobre lo que es hoy el movimiento feminista, sobre sus objetivos, sobre los problemas a los que tiene que hacer frente. Este desconocimiento es una traba considerable para conseguir algo de vital importancia: un mayor acercamiento entre el movimiento feminista y los otros movimientos populares (15).

4.—Una de las dificultades graves con que nos encontramos en la tarea de hacer del nuestro un partido consecuentemente defensor de la causa de la liberación de las mujeres es que el número de las cuadros sigue siendo a todas luces insuficiente. A pesar de que en los primeros tiempos hubo algunos signos esperanzadores, la tendencia no ha seguido siendo esa y no se han producido grandes cambios. Sobre todo esto poco podemos decir porque no se ha investigado en profundidad, pero, sin lugar a dudas, merece un estudio detallado por lo graves que son sus repercusiones políticas.

Frente a ello, sin embargo, sí creemos que la consolidación feminista de las militantes y cuadros es un hecho incuestionable y que la unidad en este tema entre el conjunto de las mujeres del partido es grande.

La pregunta surge sin dificultad: ¿por qué esta consolidación feminista, este tomar contacto con cuáles son las causas de su situación de marginación en esta sociedad, no se ha traducido en un aumento del número de mujeres cuadros?, ¿significa eso que no ha habido un fortalecimiento político global paralelo al afianzamiento feminista?, ¿puede significar que, a pesar de los avances conseguidos en este terreno, las mujeres, en algunos casos, no consiguen superar la interiorización del papel subalterno que les asigna la sociedad?

5.—Ahora afrontamos una tarea que pretende ser un cierto salto adelante: de reelaborar la política haciéndola feminista, de acostumbrarnos a contemplar los diversos temas políticos sin hacer abstracción de la realidad patriarcal de la sociedad, sin hacer abstracción de que la dominación de los hombres sobre las mujeres atraviesa toda la sociedad.

La constatación de que la división sexual atraviesa toda la sociedad, que el mundo está formado por hombres y mujeres, que las mujeres tienen intereses específicos, sufren opresiones y explotaciones específicas, o las sufren de diferente forma a como las sufren los hombres... todo ello ha de tener repercusiones concretas en nuestra práctica revolucionaria, a la hora de difundir nuestras ideas políticas, a la hora de elaborar plataformas reivindicativas, a la hora de abordar situaciones concretas de explotación y opresión.

---

(15) Ver *El feminismo hoy*.

La práctica política de los partidos de izquierda, incluido el nuestro se deriva, generalmente, de una visión «masculinizada» del mundo, de la política y de lo político. Así, por ejemplo, normalmente ocurre que en los temas considerados como políticos no suelen incluirse aquellos que afectan de forma decisiva a la inmensa mayoría de las mujeres, salvo cuando adquieren —como en el caso del derecho al divorcio o al aborto— una dimensión o proyección social más general.

Es preciso revolucionarizar desde un punto de vista feminista esta concepción y esta práctica. Para ello debemos impulsar el desarrollo del análisis marxista integrando en él el análisis del patriarcado, tanto en el terreno más teórico de estudio de la formación social capitalista, como en los más directamente políticos o de coyuntura (16).

En este empeño nos encontramos con un primer problema: se trata de una tarea nada fácil, que no sabemos muy bien lo que puede dar de sí. Hasta ahora, la política, también la política revolucionaria, se ha hecho orientada básicamente a los hombres, a partir de cómo ellos viven y se plantean los problemas. Como mucho, se recogían algunas reivindicaciones específicas de las mujeres. Intentar enfocar nuestra política también desde cómo las mujeres abordan los problemas y se enfrentan a ellos, saber ver las repercusiones políticas de la organización patriarcal de la sociedad capitalista es una tarea que requiere muchos esfuerzos. Aún estamos lejos de perfilar tan siquiera cuáles son las dificultades con las que nos vamos a enfrentar, ni cuáles son los límites de la labor que estamos emprendiendo.

Señalar las dificultades de esta tarea no debe ser un pretexto para no dar ningún paso adelante, cuando algunos, bastantes, sí están al alcance de nuestras posibilidades. Sin embargo, es indudable que las limitaciones en la plasmación política de esta integración no reflejan necesariamente actitudes machistas. Adoptar este punto de vista tendería a reducir la envergadura del problema e induciría a resolverlo por la vía fácil, mediante la utilización de fórmulas acuñadas, de clichés que, aún aparentando una integración, pueden representar una solución puramente formalista.

El segundo problema viene de la mano de la actitud de inhibición de los hombres del partido en lo relativo al feminismo. Bajo la excusa del respeto a la autonomía de las mujeres, se ha instituido, en bastante medida, un no tener nada que ver con los temas feministas, un pensar que ya serán las mujeres las que pongan el granito de arena feminista... Y, evidentemente, así no es posible avanzar en la integración entre política general y feminismo; uno y otro seguirán caminando sin encontrarse.

Tampoco en este caso la solución del problema es sencilla; la política feminista, como cualquier otra, requiere una cierta especialización y no se puede esperar que cualquier cuadro, ni tan siquiera los cuadros de más alto nivel se conviertan en especialistas todos ellos de la materia. Sin embargo, es también evidente que algo hay que hacer en esta dirección.

Una última cuestión relacionada con lo anterior:

El tema de la inhibición de los hombres, de cuáles son sus causas, ha sido motivo de algunas polémicas, de algunas opiniones controvertidas. Existe un cierto acuerdo en el sentido de que la inhibición es una actitud cómoda para los hombres, que sigue habiendo ideas con amplio predicamento en el sentido de que eso es

---

(16) Ver *Capitalismo y patriarcado.*

«asunto de mujeres», que la falta de conocimientos, de estudio del tema pesa negativamente, que la inercia sigue...

Junto a ello se han solido apuntar otro tipo de causas que vendrían a sumarse e incluso a ser causa de las anteriores: la estructura de mujeres se vive como un cierto «poder» en el partido con el que es difícil enfrentarse, se tiene la sensación de que cualquier opinión contraria a las defendidas por las mujeres será considerada por éstas como machista... Parece claro que, en un primer momento, todo esto tuvo cierto peso, pero ¿son hoy así las cosas?, ¿cuáles son las transformaciones sufridas?, ¿cuál es hoy el estado de la cuestión?, ¿es correcto pensar que ésta sigue siendo hoy la situación?

VI
NUESTRAS RELACIONES CON LA REALIDAD

Percibir la realidad tal cual es constituye una condición fundamental para desplegar una actividad política acertada. Toda la historia del partido está marcada por esta cuestión. Puede ser útil evocar nuestra trayectoria al respecto.

En los primeros años de la historia del MC tuvo considerable peso un tipo de pensamiento bastante abstracto y alejado de la realidad concreta.

Ello motivó que nos moviéramos en dos planos paralelos.

Por un lado, en el terreno de las «ideas generales», nuestra visión de la realidad política, social, económica, contenía deformaciones de bulto.

Por otro lado, la actividad cotidiana de agitación y de organización estaba inevitablemente más impregnada de sentido práctico.

Entre ambos planos existían evidentes contradicciones, las cuales nos fueron obligando a profundizar en el conocimiento de la realidad y a concordar mejor con ella nuestro pensamiento.

Así, en 1973, decidimos estudiar a fondo las relaciones existentes entre los Estados Unidos y el Estado español. La idea que nos hacíamos de las mismas era ciertamente errónea. Otorgábamos a los Estados Unidos una posición de fuerza dominante absoluta sobre la política y la economía españolas, reduciendo a éstas a un estatuto neocolonial. Tal concepción marcaba nuestra actividad política en un sentido que chocaba continuamente con la realidad misma.

Tras un año de estudio, fundamentalmente dedicado a los aspectos económicos de dichas relaciones (penetración de capitales, comercio exterior y dependencia tecnológica), publicamos un texto en mayo de 1974, «Acerca de nuestra política frente al imperialismo norteamericano» (*Boletín* n.° 7), en el que se corregían no pocos aspectos erróneos de nuestro punto de vista sobre la cuestión.

No es cosa ahora de entrar en las facetas políticas de aquel episodio como en lo que supuso bajo el ángulo de nuestra lucha por entender mejor la realidad.

Ese mismo año de 1974 se había producido el movimiento que derrocó al régimen fascista portugués. Al propio tiempo, se observaban ciertos movimientos y actitudes en el Estado español que presagiaban posibles cambios en las hasta entonces quietas aguas del franquismo. También en relación con esta cuestión nuestra per-

cepción de la realidad era errónea. Pensábamos que el capitalismo español, debido a su particular debilidad, necesitaba inexcusablemente un régimen político de corte fascista. De no ser así, las contradicciones existentes en la sociedad se desbordarían. Por eso había surgido el fascismo y por eso se seguía manteniendo.

No hace falta decir que la suma del panorama neocolonial y de la imposibilidad de una reforma democrático-burguesa tenían implicaciones serias sobre nuestra estrategia: estaban aseguradas las condiciones para una lucha prolongada, intensa, que acabaría generando las condiciones para una guerra popular, que no podría ser desactivada por una reforma democratizadora. En el orden táctico, nuestra visión de las cosas venía a restar importancia a la acción por objetivos parciales, acción que posteriormente cobraría especial relieve.

Pues bien, en 1974 entró en crisis nuestro concepto de la incapacidad de la dictadura de la burguesía para modificar sus métodos en un sentido parlamentario. Y a resultas de las discusiones y de la reflexión habidas, tomó cuerpo un conjunto de tesis que se expusieron por primera vez en julio de ese año, en el *Boletín* n.° 8, titulado: «La situación actual y nuestra política». En este texto y en los artículos que sobre el particular se fueron publicando en los meses posteriores se abordaba la cuestión bajo un prisma muy diferente y acorde en alto grado con el rumbo que iban a tomar los acontecimientos.

Lo que después sería la reforma política se prevé con cierta precisión. El *Boletín* n.° 8 la define como una maniobra destinada a consolidar la dominación de la burguesía mediante el establecimiento de mecanismos democrático-parlamentarios y la concesión de ciertas libertades. El mantenimiento del aparato estatal del franquismo es considerado como una especie de «seguro», útil tanto para limitar los posibles cambios como para garantizar la vuelta al fascismo si ello es preciso. La operación de reforma del franquismo, de llevarse a cabo, entrañaría un auge del reformismo y un retroceso del movimiento revolucionario, invirtiéndose así la tendencia registrada en la primera mitad de los años setenta.

Esta sintonía entre la realidad política y la idea que nos hacemos de ella facilitará no sólo una preparación ideológica para tiempos de mayores dificultades para el movimiento revolucionario, que no tardarían en llegar, sino también el esbozo de algunas orientaciones tácticas necesarias para hacer frente a la situación que se estaba gestando.

Subsiste, sin embargo, un punto débil en nuestra percepción de las fuerzas políticas. El Ejército lo conocemos poco y, aunque la idea que nos hacemos de él en 1974-75 se aproxima bastante a la realidad de lo que entonces es (17), posteriormente no le seguiremos la pista como es debido y tardaremos en calibrar el peso tan abrumadoramente mayoritario de los sectores opuestos a la reforma y la escasa importancia de los indecisos (los democráticos, en crecimiento en 1975, serán barridos ulteriormente).

---

(17) El cuadro que se pinta en 1975 no es muy inexacto. Se habla de dos bandos: en el primero está el grueso de los generales, coroneles y tenientes coroneles. Este grupo es profundamente antidemocrático. El segundo grupo está incrementándose entre tenientes, capitales y comandantes. Entre ambos figura un amplio sector de oficiales y jefes vacilantes. Aceptar ese Ejército en un futuro régimen parlamentario «equivale, a nuestro juicio, a cerrar los ojos a lo que representa la actual jerarquía del Ejército y supone permitir a las fuerzas reaccionarias que tengan permanentemente sobre las libertades democráticas un formidable instrumento de presión, utilizable en cualquier momento para recortar gravemente las libertades o incluso para terminar con ellas» («Ejército y democracia», *Servir al Pueblo* n.° 45, noviembre de 1975, pág. 5).

La cuestión del grado de estabilidad del régimen consagrado por las elecciones de junio de 1977 es un caballo de batalla de primer orden en nuestra lucha por dominar el sentido de la realidad.

A comienzos de 1977, en la medida en que vemos cómo se ponen en marcha las últimas maniobras conducentes a las elecciones, tiende a debilitarse nuestra idea de que es posible una marcha atrás. *El peligro de golpe,* se dice en *Servir al Pueblo* en febrero, *es real.* Pero, poco a poco, se va haciendo menos patente.

Tras las elecciones de junio, el cuadro parlamentario nacido de ellas es considerado en nuestros análisis como un factor de estabilidad, cosa que sin duda era. «Los factores estabilizadores —concluye la *Circular* en la que se examinan los resultados electorales— son bastante fuertes, si bien existen problemas legados por el franquismo que pueden dar pie tanto a luchas de masas de importancia como a maniobras golpistas en el interior del aparato estatal».

Pero quizá más que los resultados de las elecciones (consecución de la mayoría por una fuerza de la derecha, bipolarización centrista: predominio de centro-derecha y centro-izquierda, etc.), lo que nos lleva a pensar que el nuevo marco político puede estabilizarse en el hecho mismo de *haber llegado hasta ahí.* De ello parece desprenderse que las fuerzas más poderosas están apoyando a Suárez en su *operación-reforma.* Y esto, luego lo comprobaríamos, no era exacto. La reforma se hizo por Suárez con el apoyo del rey, con la colaboración de una parte considerable de la burocracia política y con el respaldo de ciertos sectores de la burguesía. Se hizo también gracias a la alianza sellada con el PSOE y el PCE. Pero fuerzas muy poderosas del Estado, como el Ejército, y sectores muy importantes de la burguesía fueron pura y simplemente cogidos por sorpresa y, a partir de los hechos consumados, irían adoptando actitudes de aceptación, de hostilidad o de indiferencia según los casos. Pero, en contra de las apariencias y en contra de lo que entonces podíamos imaginar, los apoyos reales de la reforma no eran tan amplios y, por consiguiente, la estabilidad que se podía presumir al régimen no era tanta.

El error de apreciación con respecto a este problema influyó negativamente en nuestra actividad. Por un lado, contribuyó a que «bajáramos la guardia» (especialmente en relación con la preservación de nuestros efectivos) frente a un enemigo particularmente agresivo y no sólo a medio o largo plazo. Por otro lado, atribuimos a *las fuerzas de la reforma* un margen de maniobra superior al que realmente poseían y al régimen que crearon una capacidad para encauzar las contradicciones de nuestra sociedad mayor de la que tiene.

Unido a todo lo dicho surge un problema que tiene indudable interés. Es el de la apreciación que en estos años tuvimos de ETA.

El problema no estriba en que consideráramos a ETA como una fuerza enemiga —como hicieron otros partidos que se proclamaban revolucionarios—. El problema residió en que, al examinar la trayectoria de ETA y su posible evolución, éramos víctimas de actitudes sectarias y de prejuicios de cierta importancia.

Uno de ellos concernía a la actividad armada. Sin detenernos ahora a enjuiciar la línea militar de ETA, lo que no hace al caso en este escrito, sí cabe afirmar que en la base de nuestras críticas a su actividad estaba el hecho de que ésta se centrara en el combate de pequeños grupos, es decir, que no fuera una acción armada *de masas.* Ese tipo de lucha, entendíamos, separaba *necesariamente* al movimiento activista de las masas e, incluso, entorpecía la incorporación de éstas al combate. Esta oposición, general y abstracta, a la actividad de pequeños grupos se ha visto refutada por diversas experiencias —entre ellas la de ETA— y hoy entendemos que la actividad de grupos reducidos no entraña inevitablemente los efectos negativos citados.

Puede ser así o puede ser al revés; para resolver la cuestión en concreto hay que hilar mucho más fino y huir de los prejuicios.

Otro prejuicio se refería a las actitudes de ETA en el plano nacional. Tardamos en comprender que la situación de radical opresión padecida por el pueblo vasco podía muy bien suministrar amplios apoyos a una línea y hasta a una ideología de rebelión nacional intensa. ETA, asumiendo esa línea y esa ideología, consiguió conectar con sectores del movimiento nacionalista histórico y con otros no procedentes de esa tradición, haciéndose con un área de influencia de dimensiones considerables. Las actitudes de ETA en el período de transición no le llevaron a una posición de aislamiento, como en algún momento supusimos, sino a reforzar su posición en el interior de las clases populares de Euskadi.

Asimismo, nuestra visión de la ideología de ETA, y del conjunto del movimiento al que representaba, fue algo estática. No supimos apreciar que ese movimiento, con su amplitud, con sus raíces en las clases trabajadoras, estaba destinado a evolucionar positivamente, no pudiendo permanecer anclado en ciertas posiciones características del nacionalismo vasco tradicional. La propia dialéctica de la lucha contra el Estado, contra la burguesía, contra el Partido Nacionalista, contra el reformismo, así como el carácter popular de su base social, habrían de imprimir una trayectoria cada vez más avanzada a la ideología de la izquierda abertzale.

A todo esto se añadía que, en 1977, como señalábamos más arriba, le dábamos al régimen de la reforma un margen de maniobra excesivo. Presuponíamos que podía hacer ciertas concesiones en lo tocante a las libertades individuales o a las nacionales (había dado ya el paso de la semi-amnistía), y que esas concesiones reducirían la capacidad de ETA para desarrollarse al calor de la lucha armada.

Los hechos probaron que no era así y ETA pudo no sólo mantener sino elevar el nivel y la radicalidad de su acción, ganando nuevos apoyos.

En los últimos años, ha ido mejorando nuestra percepción de la realidad económica, política y social.

Hemos ido profundizando en el conocimiento de una contradicción que hasta 1976 apenas percibíamos, cual es la que existe entre mujeres y hombres. Ello, además de permitirnos tratar más adecuadamente esta cuestión, nos ha ayudado a ahondar en el análisis global de la sociedad. Asimismo, hemos ido comprendiendo mejor el alcance de los movimientos nacionales, sobre todo de aquellos que poseen mayor arraigo. La lucha por defender la propia identidad y por tomar el máximo de decisiones en cada país posee una considerable consistencia y unos apoyos populares notables en los pueblos con una mayor personalidad nacional propia.

Más recientemente, hemos alcanzado un mejor conocimiento del factor militar y de su autonomía en el Estado español, lo que nos lleva a considerar al Ejército como un poderoso grupo de presión que actúa sobre la vida política (18). Un grupo de presión que incluso se ve a sí mismo como un eventual candidato a formar Gobierno tras el derrocamiento del régimen actual. La posibilidad de un golpe militar es contemplada con bastante realismo por nuestra parte desde el otoño de 1980.

---

(18) Hasta mediados de 1980 es éste el aspecto que apreciamos más. En el II Congreso, marzo de 1978, poníamos el acento en que un golpe militar era poco probable a corto plazo, aunque podría llegar a ser más factible a medio o largo plazo. A la altura del Congreso de Unificación, febrero de 1979, se subraya la fuerza que está cobrando el fascismo como corriente política, pero se estima más que improbable la instauración de un régimen fascista; más bien se espera una corrección derechista del régimen de la reforma, como resultado de las presiones ultraderechistas. En el *Boletín* n.° 33, mayo de 1980, se sigue viendo al fascismo más como factor de presión que como fuerza que pueda establecer un nuevo régimen.

La superación de prejuicios infundados, de ideas no bien fundamentadas, de representaciones de la realidad no correspondientes a la verdad de los hechos, se manifiesta también en otras esferas: actitudes de la burguesía y de las restantes fuerzas reaccionarias, visión más exacta de los diversos movimientos sociales y de su posible comportamiento...

A lo largo de nuestra historia hemos tenido no pocos tropiezos en nuestras relaciones con la realidad concreta, viva, cambiante. Esa realidad nos ha sido favorable unas veces y desfavorable otras. Hoy, en particular, no se puede decir que nos ayude demasiado. Pero unas y otras veces, lo que hemos podido verificar es que no sólo cuenta que las condiciones en las que nos movemos sean mejores o peores. Cuenta también, y mucho, cómo sepamos actuar en esas condiciones y, por consiguiente, la idea que tengamos de las mismas.

Es esencial *ponerse de acuerdo* con la realidad, desechar las ideas preconcebidas, revisar constantemente el fundamento de las ideas que nos hacemos sobre las cosas, mantener una tensión continuada para captar lo nuevo, lo que perece, el sentido del movimiento de los diferentes factores que operan sobre nuestra sociedad.

VII
EXPERIENCIAS ALECCIONADORAS

Hemos construido y mantenido una organización revolucionaria. Hemos reunido un caudal de cuadros y militantes, una experiencia de lucha en diversos terrenos y en diferentes condiciones, hemos afirmado y desarrollado unas bases ideológicas y doctrinales, hemos alcanzado una implantación social reducida pero de cierta hondura.

Incluso en el período de la transición política —cuando los resultados que hemos obtenido han sido más limitados—, hemos podido comprobar que una organización revolucionaria y comunista como la nuestra, pese a sus dimensiones modestas, representa un potencial revolucionario no sólo de cara al futuro sino también en el presente.

El partido juega hoy un papel en el afianzamiento y en el desarrollo de buena parte de las fuerzas sociales más avanzadas del Estado español. Sin ellas, el MC no sería lo que es. A su vez, el MC contribuye, a veces más, a veces menos, a que esas fuerzas sean lo que son. En la medida de nuestras posibilidades mantenemos una presencia activa en las luchas y en los movimientos más avanzados, siendo un factor de dinamización en ese sentido. Igualmente, el partido, con sus posiciones y su acción revolucionaria, es un elemento de educación política frente a las tendencias reformistas. Con nuestra labor estamos favoreciendo, junto a otras corrientes revolucionarias y radicales, la existencia de un área social avanzada, una base de resistencia y aprendizaje, de la que surgirán fuerzas fundamentales para la lucha revolucionaria.

A pesar de nuestras limitaciones y de nuestros defectos, lo dicho hasta aquí figura en el haber de nuestra experiencia e ilustra la razón de ser de un partido revolucionario en tiempos bien poco revolucionarios.

No obstante, con ser eso cierto, el volumen de las dificultades alimenta dudas e inquietudes sobre nuestro futuro. ¿Acertaremos a seguir en la brecha, a perseverar

en nuestro empeño, a seguir dando vida frente a condiciones adversas a este partido?

La inquietud no carece de fundamento: las dificultades no son pequeñas y otras fuerzas han sucumbido por el camino.

En efecto, el MC procede de una generación de organizaciones revolucionarias que tomó su impulso de fuertes luchas políticas y sociales. En nuestro caso, fue la lucha antifranquista. En el caso de otras organizaciones europeas fue la oposición a la guerra de Vietnam o la participación en luchas de importancia como las de Francia en 1968 o las de Italia en 1968 y 69. La nuestra fue una de esas organizaciones que sufrieron el influjo de la revolución cubana y de la revolución cultural china. Asimismo estuvimos bajo la influencia de las tradiciones de los partidos comunistas. Pues bien, la casi totalidad de estas organizaciones (19), después de haber experimentado evoluciones muy diversas, prácticamente han desaparecido (20).

A partir de aquí se ha solido extraer la conclusión de que en estas sociedades no hay fuerzas sociales sobre las que pueda apoyarse y estabilizarse una organización política revolucionaria.

Sin embargo, si se examinan en concreto las circunstancias que han rodeado la existencia de estas organizaciones, se constata que en su desaparición ha pesado algo más que un gran volumen de dificultades para obtener una representatividad social mínima.

Esas dificultades eran y son reales, aunque hay que tener en cuenta que son muy variadas de un país a otro. No pesan lo mismo, desde luego, en países más desarrollados y estabilizados, como los escandinavos, que en los del Sur de Europa, considerablemente más cargados de problemas de todo género.

Es cierto, empero, que son muchos los obstáculos para la aparición, desarrollo y maduración de nuevas fuerzas revolucionarias frente al reformismo dominante. La fuerte implantación de la izquierda tradicional, la ausencia de luchas populares masivas, la ideología democrático burguesa tan arraigada en la población, no son un caldo de cultivo favorable para el movimiento revolucionario. Las luchas más fuertes de las últimas décadas han ido sumiéndose en el océano de las reformas institucionales en el Estado español o en Portugal. En otros países, la voluntad de izquierdas de la población trabajadora ha encontrado su principal traducción en el orden electoral, mediante la concesión del voto a opciones social-demócratas. Es verdad que la reactivación de movimientos como el ecologista, el feminista o el de oposición a la guerra, abren nuevos márgenes de actuación de interés pero, a grandes rasgos, las condiciones que se registran en los países a los que aludimos no favorecen un relanzamiento del movimiento revolucionario.

Aunque las organizaciones que mencionamos lo hubieran hecho mejor, las dificultades existentes y su escasa fuerza inicial, no hubiesen bastado para cambiar decisivamente las cosas. No obstante, los defectos y errores que se han dado aquí y allá han hecho que se desaprovecharan posibilidades reales de configurar y asentar núcleos revolucionarios, vinculados a sectores sociales que manifiestan una oposición radical al estado de cosas.

---

(19) No pertenecen a esta generación fuerzas como el IRA o ETA, que hunden sus raíces en épocas y en movimientos populares anteriores, o los partidos de la IV Internacional que, si bien se reforzaron durante estos años, responden a una tradición más antigua.

(20) Lo acaecido con la ORT y el PT, con tener rasgos muy singulares, no es un fenómeno excepcional en el cuadro actual de Europa occidental.

La experiencia del declive de estas organizaciones nos ofrece enseñanzas muy valiosas que deberemos tener presentes al contemplar nuestros propios problemas.

Así, en bastantes de estas organizaciones se dio un espíritu revolucionario insuficiente, un tanto superficial, lo que unido a una delimitación poco clara con el reformismo, propició tendencias a deslizarse al terreno del reformismo. La imitación de los comportamientos de los «grandes» partidos reformistas fue en ocasiones un espejismo en el que cayeron varios partidos, con la esperanza de escapar a su aislamiento. Eso no ha permitido nunca alcanzar este objetivo establemente y ha contribuido a acentuar las contradicciones: la confusión de campos con el reformismo beneficia generalmente al reformismo mejor situado, al que tiene más posibilidades de intervenir con éxito en el marco institucional (21).

Estas organizaciones poseían a menudo unas bases ideológicas y doctrinales poco firmes, lo que no era incompatible, en ocasiones, con inclinaciones dogmáticas y formalistas considerables. Manifestación característica de esto ha solido ser el oscilamiento entre la rigidez dogmática y la sumisión ecléctica ante corrientes de pensamiento de dudoso interés.

En no pocos casos se ha solido registrar una conexión débil con las clases trabajadoras, lo que ha sido un factor de debilidad e inestabilidad (bastantes de estas fuerzas tenían su base social principal en medios estudiantiles e intelectuales).

A todo ello se ha unido frecuentemente la generalización de una filosofía pesimista, de un espíritu autodestructivo que ha hecho estragos en el interior de muchos partidos. Ese espíritu se manifiesta de diversas formas: como subestimación de los propios logros y sobrevaloración de los fracasos; o en forma de crispación y malhumor en la vida partidista ordinaria; o como una tendencia a agudizar las contradicciones de la organización a la que se pertenece y a zambullirse en los problemas internos; o como dedicación de tiempo y esfuerzos excesivos a la realización de balances y valoraciones muy precisos sobre cuestiones de escaso alcance práctico para la lucha... Este mal, cuyos síntomas son sutiles y no siempre evidentes, sumado a muy variadas dificultades, ha actuado con fuerza en procesos de crisis y disolución de fuerzas revolucionarias.

Mirarse en esas experiencias negativas es un deber para nuestro partido. Es un medio útil para evitar seguir el mismo camino.

Es a la luz de esos reveses como cobra sentido la suma de esfuerzos que viene haciendo el partido —muchos de ellos se reflejan en estas páginas— para asentarnos sobre unos pilares sólidos, que nos ayuden a hacer frente a dificultades de envergadura.

VIII
OTROS PROBLEMAS CONCERNIENTES A LA CONSTRUCCION DEL PARTIDO

Hasta 1975, la vida del MC en su aspecto organizativo se distingue por la aplicación de unas normas y unos métodos orientados al logro de la máxima unidad ideológica y política y, al propio tiempo, por el mantenimiento de un régimen de clan-

(21) El comportamiento pragmático y la sobrevaloración de la acción electoral y de los resultados electorales fueron factores decisivos en la crisis del PT y de la ORT.

destinidad estricta. Esto último implica un corte entre los distintos niveles o escalones y una estanqueidad entre las diversas organizaciones. Las relaciones internas son en esas circunstancias bastante lentas y la centralización tiene prioridad sobre la democracia.

En 1975-76 la actividad política se va haciendo más dinámica y las estructuras organizativas resultan demasiado pesadas. En febrero de 1976, el *Boletín* n.º 13 preconiza tres correcciones en el funcionamiento partidista: 1) Crear cauces más ricos y fluidos (charlas, plenos, «activos», etc.) que permitan una unificación política mejor y más rápida, con un consumo de cuadros menor; 2) Una dedicación mayor de los cuadros a tareas de representación pública, de organizaciones de masas, de formación, de captación... Para ello se considera necesario un «ahorro de cuadros en tareas organizativas» ya sea mediante la puesta en marcha de los mecanismos mencionados, ya sea mediante una ampliación del tamaño de células y comités; 3) Facilitar los contactos entre organizaciones y niveles diferentes, rebajando el grado de clandestinidad, con el fin de poder afrontar unificadamente y con rapidez los problemas políticos que van surgiendo (página 10).

En esas orientaciones hay algo de correcto, y después hemos perseverado en ello (por ejemplo, la complementación de la labor de células y comités, como organismos básicos, con otros instrumentos más amplios o que atienden otras necesidades). También era correcto dedicar menos cuadros a tareas estrictamente organizativas. Y también reducir el grado de clandestinidad general del partido. Pero en todo ello hubo excesos manifiestos y, de hecho, el movimiento real que se produjo en el plano organizativo desbordó ampliamente esas orientaciones y tuvo más de negativo que de positivo.

En la práctica, se produjo, como ya se ha dicho, una salida excesiva y descontrolada de la clandestinidad; un debilitamiento de la vida partidista, con una ampliación exagerada de las dimensiones de los organismos regulares y un empeoramiento de su actividad ordinaria; una desatención hacia el estudio y una disminución de la tensión ideológica que había sido característica del MC en los años anteriores; una mala aplicación del principio de selección no sólo en la admisión de nuevos militantes sino también en la promoción de algunos cuadros; un control muy deficiente del estado del partido; una insuficiente dedicación a las tareas administrativas; una reducción extrema del aparato de dirección federal, lo que habría de contribuir a acentuar los problemas enunciados, a hacer más frágil la centralización, a disminuir la labor de dirección, a estimular el espontaneísmo y el localismo y a reducir en extremo la actividad teórica.

El partido llega así, al correr de 1977, a una situación particularmente difícil, fruto de la fusión de las dificultades políticas con una precariedad organizativa y un desarme ideológico-político. En esas condiciones se gestará la crisis de la organización de Madrid, en el segundo trimestre de ese año, y, poco después, una crisis de menores dimensiones en el MCG.

En la segunda mitad de ese año, se impulsa un proceso de rectificación en lo ideológico, político y organizativo (22), que culminará con el II Congreso del MC, en marzo de 1978.

---

(22) La situación crítica por la que entonces atraviesa el partido es examinada en diversos documentos: «Los problemas más urgentes», *Boletín* n.º 17, junio de 1977, pág. 4 y ss.; «Resolución del CC sobre la preparación de nuestro II Congreso», *Boletín* n.º 19, 5 de septiembre de 1977, pág. 1; «Sobre la necesidad de un proceso de consolidación ideológica, política y organizativa del partido», mismo *Boletín,* pág. 2 y ss.; «En torno a nuestros principios organizativos», *Boletín* n.º 20, 15 de octubre de 1977, pág. 3 y ss.

En dicho proceso, se lleva a cabo una reafirmación en nuestros principios de organización y se corrigen varios de los errores señalados. Como ha sido dicho, no obstante, alguno de ellos, como es el concerniente a la clandestinidad, permanecerá vivo posteriormente.

1. Dos necesidades parcialmente contradictorias

A la altura de 1980-81 se irán poniendo en primer plano dos problemas de interés. El primero de ellos es precisamente el de la situación en que se encuentra el partido a raíz de su salida a la luz en años anteriores. A este problema ya nos hemos referido más atrás.

El segundo se refiere a la aplicación concreta del centralismo democrático.

No es que la misma haya empeorado a lo largo de estos años. Lo que ocurre es que las deficiencias en este plano están resultando difíciles de corregir y sus efectos se acumulan, contribuyendo a crear situaciones negativas.

Tales deficiencias se llaman: deficiente comunicación entre los diferentes niveles y frentes de trabajo; discusión política pobre y escasa; vivir demasiado al día, sin suficientes planes de trabajo a medio plazo; nivel de elaboración teórica y de estudio bajo; centralización escasa y dirección demasiado abstracta (23)... ¿Cuánto pesan en concreto estos problemas en la vida partidista? ¿Qué gravedad real tienen?

Los remedios a estos males están esbozados (24). Sin embargo, su puesta en práctica resulta problemática en una época en la que la actividad del partido y de la lucha de clases en general es poco intensa.

Ocurre, además, que los problemas existentes requieren a veces soluciones parcialmente contradictorias. Progresar en el sentido de la preservación del partido plantea necesidades que no siempre son compatibles con un enriquecimiento de la vida democrática. Las dos cosas son necesarias, pero a veces chocan entre sí.

2. El problema de la pérdida de militantes

En los últimos tiempos se han dado algunas contradicciones en el partido que se han saldado con el abandono del mismo de algunos de sus miembros. Desde el punto de vista numérico, estas salidas representan un porcentaje muy pequeño del total de bajas registradas en ese período. El problema, en estos casos, no es tanto de número como de falta de claridad política: las insatisfacciones personales se han sumado a las discrepancias políticas y rara vez se ha logrado que estas últimas se tradujeran de un modo nítido.

---

(23) Ello depende mucho de la comunicación entre escalones, de abajo arriba y de arriba abajo. Lo que llega arriba es insuficiente para definir los problemas con precisión y dirigir efectivamente. Y lo que llega abajo es demasiado abstracto. A los problemas derivados de un funcionamiento defectuoso se agrega la situación de acusada diversidad de las realidades nacionales y regionales (que afecta particularmente al movimiento radical) y la escasez de campos de acción política, de lucha, con capacidad para generar movimientos reales en distintos sitios a la vez. Todo esto unido a la diversa configuración de nuestras propias organizaciones hace que unas y otras reclamen distintos grados de dirección; que para algunas la intervención de los órganos dirigentes federales sea insuficiente mientras que para otras no lo es.

(24) De ellos se hablaba especialmente en «Ante un nuevo año», *Boletín* n.° 41, pág. 47 y ss.

Esos casos, con todo lo que tienen de negativo, no representan, como decimos, la principal fuente de pérdidas. Mayor que ella es el desgaste, más discreto y continuado, que solemos llamar *goteo.*

Este fenómeno, añadido a las dificultades que hallamos para reclutar nuevos militantes (sobre todo entre la juventud, y a pesar del positivo papel que en este sentido desempeñan las organizaciones de juventudes), hace que nuestras fuerzas, poco a poco, se vayan mermando.

Algunas organizaciones consiguen mantenerse con cierta estabilidad, año tras año, e incluso aumentar algo sus efectivos, pero el partido, considerado en su conjunto, padece desde hace años un estado de estancamiento con tendencia a decrecer. El problema es particularmente acusado en el caso de aquellas organizaciones que muestran mayor debilidad.

La situación a este respecto depende especialmente de factores tales como: la colocación mejor o peor de los efectivos de cada organización (lo que favorece o dificulta la obtención de resultados); el tipo de sociedad (estructura social, tradiciones, gravedad de los problemas, intensidad de las luchas...); capacidad para vincularse a las luchas reales (sin ellas, se pierde; uniéndose a los sectores que en ellas participan, se refuerza el partido y se recluta nueva gente); madurez de la organización en cuestión (trayectoria histórica, calidad de cuadros y militantes, firmeza de las convicciones, métodos de trabajo...); alianzas...

Todo lo dicho influye decisivamente en que una organización gane más de lo que pierde o a la inversa. Pero, hay algo más. Y es aquello que, a partir de las condiciones apuntadas, permite resolver mejor o peor este problema: ¿en qué medida se asume en cada organización este problema como uno de los más serios? ¿Se investigan en concreto las salidas? ¿Qué medios cabe emplear para reducirlas? ¿Existen políticas concretas para propiciar un mayor reclutamiento?

3. El reforzamiento teórico

A pesar de que en este punto tengamos claros motivos de insatisfacción, lo cierto es que, en los últimos años, hemos superado la situación tan negativa existente en 1976 y 1977.

La situación actual, no obstante, adolece de notables defectos: bastantes lagunas teóricas y doctrinales, poca dedicación a la teoría de quienes podrían aportar más, el estudio en el conjunto del partido marcha a trancas y barrancas, por temporadas...

El reforzamiento en esta esfera es imprescindible para consolidar al partido. Si avanzamos algo, incluso si avanzamos sensiblemente, ello no va a tener grandes efectos positivos. Pero si no progresamos seriamente, los efectos negativos pueden ir pesando más y más:

- Ya hoy existe una zona de sombras sobre nuestra identidad ideológico-teórica: ¿qué tomamos y qué dejamos del pasado del que procedemos?; ¿hasta qué punto somos una corriente independiente?; ¿qué nos diferencia y qué no de otras corrientes revolucionarias?... Estas son cuestiones teóricas, ideológicas y políticas, a la vez, de evidente trascendencia. Un mal tratamiento —una afirmación dogmática y superficial de nuestra identidad o una difuminación dogmática y superficial de la misma— nos podrían abrir vías de agua peligrosas.

- La situación en la que se desenvuelve nuestra actividad, en la mayoría de los casos, es bastante pobre. No es el mejor ambiente para nutrir una conciencia revolu-

cionaria. Para lograr esto se requiere forzar al máximo las posibilidades de lucha: ésta es la condición primera de la conciencia. Pero también se precisa estudiar, investigar, ensanchar nuestros horizontes, adoptar un punto de vista internacional e histórico, sin recluirnos entre las cuatro paredes de nuestra experiencia inmediata.

En los próximos años habremos de consagrar mayores esfuerzos al estudio de problemas teóricos cruciales:

- La tradición teórica a la que estamos vinculados (el contenido del marxismo de Marx y Engels, las derivaciones posteriores, el leninismo, el período de Stalin y la III Internacional, el trotskismo...);

- Las clases y los grupos sociales; el análisis de nuestra sociedad; la clase obrera; división en sexos y relaciones de dominación; los grupos nacionales y la lucha de clases; los movimientos sociales...;

- El mundo contemporáneo; contradicciones y tendencias; la guerra; la crisis;

- La sociedad soviética y las sociedades postrevolucionarias; experiencias revolucionarias contemporáneas;

- Problemas de la revolución: perspectivas y dificultades; estrategia en los países en los que las contradicciones están más atenuadas; unidad y diversidad de los distintos movimientos de lucha; problemas del movimiento revolucionario internacional; las formas de la acción revolucionaria; etc.;

Otros puntos relacionados con nuestra realidad más inmediata habrán de ser objeto de nuestra atención. Así, el marco político español y las contradicciones que en él se manifiestan; la experiencia gubernamental del PSOE; la evolución de la crisis económica...

Estas y otras cuestiones teóricas poseen un interés notable y una influencia considerable sobre la situación del partido y sobre su manera de abordar los problemas actuales, inclusive los de carácter táctico.

CAPITALISMO Y PATRIARCADO

Este escrito es un desarrollo de ideas que ya esbozábamos en la resolución *La lucha por la liberación de la mujer,* aprobada en el II Congreso del MC en abril de 1978, y que consideramos sigue vigente para nuestro partido. En ella se establecían los elementos básicos de nuestra política en el campo de lucha por la liberación de la mujer. Esta resolución, por su carácter global, se detenía muy poco en muchos de los temas que abordaba. Por otra parte, a lo largo de estos años, hemos ido profundizando, estudiando con mayor detenimiento ideas que allí sólo enunciábamos. Estas páginas se detienen, en concreto, en el análisis de la sociedad capitalista y patriarcal y en las repercusiones de este análisis en nuestra práctica.

1. A qué llamamos patriarcado

Entendemos por patriarcado —o sistema patriarcal— el conjunto de relaciones de dominación de los hombres sobre las mujeres, basado en una distribución del trabajo en función del sexo. Cuando hablamos de sexo nos referimos a una realidad cultural, no biológica. Del mismo modo, consideramos que la división del trabajo en función del sexo es un producto cultural y social, y no un hecho biológico o «natural». Se trata, además, de una división no igualitaria sino jerárquica, que supone la supremacía del sexo masculino y la sumisión del sexo femenino.

El dominio de un sexo sobre otro es un fenómeno histórico cuyos orígenes son difíciles de determinar, pero que configura los primeros núcleos de relación social: las familias primitivas. El desarrollo de las sociedades, la modificación de las condiciones materiales y de las relaciones sociales han hecho evolucionar las relaciones entre los sexos y las formas que adopta la división sexual del trabajo. Sin embargo, pese a las variaciones experimentadas a lo largo de los siglos, la organización patriarcal ha conservado el rasgo que la define: la división jerárquica del trabajo en función del sexo y el dominio, por tanto, de los hombres sobre las mujeres.

A medida que las sociedades humanas se hacen más complejas, mayor complejidad adquieren las relaciones entre los sexos y más difícil resulta analizarlas en el marco de un conjunto de relaciones sociales más amplias. Así, en las sociedades capitalistas, las relaciones entre los sexos guardan una vinculación estrecha con las relaciones que se establecen entre las clases y con los respectivos papeles que clases y sexos desempeñan en el proceso de producción.

Podemos, no obstante, afirmar que la pervivencia de la familia es otra constante en la evolución histórica, por mucho que sus formas hayan variado de una época a otra. En este sentido, no es aventurado decir que la familia continúa siendo, todavía hoy, un núcleo importante para mantener y reproducir la división sexual del trabajo, aunque no sea el único instrumento que asegura la posición subalterna de la mujer en la sociedad. En efecto, el conjunto social se ha organizado históricamente de tal forma que ha conservado dicha división, mediante el sistema de producción, el poder político, los mecanismos ideológicos... Concluiremos, pues, que si las relaciones patriarcales han permanecido, ello se debe no sólo a los intereses de los hombres, sino a las necesidades del sistema en su conjunto.

2. Integración del patriarcado en el capitalismo

El patriarcado forma parte integrante de la compleja estructura social capitalista y se mantiene gracias a un sistema económico, político y social que cuenta, entre sus rasgos característicos, con la conservación de la familia y la división sexual del trabajo a escala familiar y social. Por ello, un análisis acertado de las relaciones entre los sexos reviste una importancia primordial para conocer cabalmente el funcionamiento de la sociedad capitalista.

Sin embargo, el capitalismo no ha creado las relaciones de dominación de un sexo por otro. El capitalismo nace de una sociedad en la que existía la división del trabajo en función del sexo y la opresión de las mujeres y, si bien modifica radicalmente el sistema de producción y la estructura de clases existentes, adopta, aunque con importantes transformaciones, las relaciones patriarcales y las incorpora a la nueva organización económica y social.

El sistema ideológico que la burguesía elabora, como clase dominante, se adapta también a la ideología patriarcal. Así, el concepto de igualdad que proclama la burguesía está basado en la desigualdad entre los sexos (lo mismo que en la desigualdad entre las clases). Por otra parte, poderosos mecanismos ideológicos, como son las religiones, juegan un papel decisivo en la defensa del orden patriarcal establecido. Es decir, los distintos mecanismos que hace posible el mantenimiento del sistema capitalista se funden con los que perpetúan la dominación patriarcal, de tal suerte que los intereses de clase y los intereses de sexo se conjugan en favor de la estabilidad de un sistema que llamamos capitalista pero que, entendemos, es al mismo tiempo un sistema patriarcal.

Las relaciones patriarcales, por su parte, no han permanecido inmutables. Su evolución se ha adaptado a las exigencias del nuevo orden económico y social capitalista. Ni la familia juega hoy el mismo papel que en el pasado, ni la división del trabajo en función del sexo obedece a las mismas necesidades (la propia división del trabajo entre las clases se ha modificado), ni la ideología patriarcal tiene los mismos contenidos.

La división del trabajo en función del sexo atraviesa toda la sociedad capitalista, en la que se ha acentuado la separación entre vida pública y privada, separación que nunca había sido tan patente hasta el nacimiento y desarrollo de la industria moderna. Al desplazarse hacia la fábrica el trabajo productor de mercancías (primero con la manufactura y luego con la gran industria) y al imponerse el sistema capitalista de cambio, trabajo e intercambio, que antes se desarrollaban mayoritariamente en el seno de la familia y de los gremios (agricultura, artesanía), se rompe la unidad familiar productiva y se organiza la vida en dos esferas: la esfera de la producción capitalista y, consecuentemente, de la política, de la cultura... y la esfera de la reproducción y

de la vida privada, que se organiza casi exclusivamente en torno a la familia. De este modo, algunas funciones familiares pierden —al menos aparentemente— la proyección social que habían tenido en el pasado y se centran en las relaciones interpersonales en el interior de la propia familia.

La mujer se ve implicada en esta separación entre vida pública y vida familiar, de forma que aparece prioritariamente vinculada a esta última. Su función social principal se sitúa en la esfera privada, donde se le asigna un papel, el de la reproducción de la propia familia: reproducción biológica de la especie, y cuidado de la fuerza de trabajo y reproducción de las condiciones adecuadas para la vida emocional y afectiva.

Pero la división sexual del trabajo trasciende el ámbito de la vida familiar y se da también en lo que hemos dado en llamar vida pública, por lo que el dominio del hombre sobre la mujer no se reduce al marco de la familia, aunque la división de papeles en su interior sea el germen de la división sexual del trabajo en la sociedad (*).

3. La división sexual del trabajo en la esfera pública

Por su propia lógica, el capitalismo, en tanto que modo de producción, no necesita una división del trabajo en función del sexo, no exige una diferenciación entre las tareas masculinas y las femeninas. El capital demanda trabajo indeferenciado, trabajo abstracto.

Sin embargo, la separación entre producción y reproducción —manifestación de la división sexual del trabajo— determina la introducción en el campo del trabajo asalariado de una división en función del sexo, de una diferenciación entre los trabajos femeninos y los masculinos que se refleja en el hecho de que la fuerza de trabajo de las mujeres se canaliza fundamentalmente hacia tareas relacionadas con su papel en la familia, tareas de baja cualificación, que implican una inferior categoría laboral y menores salarios, todo lo cual contribuye a que se incremente el grado de explotación de la mano de obra femenina en relación a la masculina.

Esta marginación de las mujeres se manifiesta, evidentemente, en todos los campos de la vida pública, y no sólo en el del trabajo asalariado. En efecto, los puestos de responsabilidad en los planos económico, político, militar o cultural... están mayoritaria o exclusivamente ocupados por hombres y sólo excepcionalmente acceden a ellos las mujeres. Todas estas manifestaciones reflejan la división sexual del trabajo y son consecuencia del papel que la mujer ocupa en la familia.

El hecho de que se considere que la misión principal de la mujer en la vida consiste en ser el pilar de la familia y de que se la conciba, antes que nada y por encima de todo, como madre y esposa tiene muy hondas repercusiones. Repercute en el acceso de la mujer al trabajo asalariado, que tropieza con innumerables trabas en la mayoría de los países, y, muy concretamente, en el Estado español. Repercute en que el trabajo de la mujer fuera de la familia se considere como temporal y de carácter subsidiario: mientras no contrae matrimonio, antes de tener hijos o cuando estos ya son mayores, para ayudar al sueldo del marido... Su especial dependencia de la familia hace que la mujer abandone el trabajo asalariado con mayor facilidad que el hombre, sea por razones familiares o ideológicas, sea por presiones del capital cuando la crisis económica aprieta. El paro femenino resulta así mucho más fácil de encubrir y produce menor inestabilidad social. Esta posición de la mujer en el mercado

---

(*) Con ello no queremos decir que el capitalismo haya venido a empeorar la situación de la mujer en la sociedad. Nos hemos limitado, simplemente, a apuntar las nuevas formas que el capitalismo comporta en lo relativo a la división sexual del trabajo.

de trabajo proporciona al capitalismo una fuerza de reserva que puede utilizar de acuerdo con sus intereses con una apreciable impunidad.

Con todo, los intentos de apartar a la mujer del mundo del trabajo asalariado o reducir su presencia en el mismo han seguido un curso muy conflictivo y sinuoso, tanto en sus orígenes, al menos en aquellos países en los que la industrialización fue intensa y acelerada, como posteriormente, siempre que se ha intentado reducir la mano de obra femenina tras un incremento importante de la misma en determinados períodos (como pueden ser los que acompañaron a las dos guerras mundiales).

La situación que se dio en Inglaterra con el auge de la revolución industrial, llevó a Marx y Engels a considerar que la familia obrera entraba en vías de descomposición. A. Kollontai llegó a esta misma conclusión al examinar la situación de las familias proletarias de los centros industriales de la Rusia zarista. En efecto, en la Inglaterra capitalista de mediados del pasado siglo, la demanda urgente de mano de obra abundante empujó a las fábricas a miles de hombres, mujeres y niños. La proporción de mujeres empleadas en la industria llegó en ocasiones a ser superior a la de los hombres. Fueron reclutadas masivamente, como mano de obra más barata y más dócil (por menos organizada y más dependiente de las funciones familiares). Su incorporación al trabajo asalariado planteó serios problemas a la organización patriarcal preexistente, en tanto que significaba la conquista de una mayor independencia por parte de las mujeres y, al propio tiempo, su alejamiento o abandono de las tareas familiares. Estos fenómenos inducían a pensar, ciertamente, que la familia obrera se desintegraba.

Sin embargo, al cabo de unos años, el proceso de incorporación de mujeres al trabajo asalariado se detuvo y la tendencia empezó a invertirse. Los sindicatos, de afiliación aplastantemente masculina, exigieron la regulación del trabajo de la mujer, a la que miraban como una competidora y no como una compañera de clase. Las propias mujeres vieron con alivio la disminución de su jornada laboral. Los gobiernos, presionados por las demandas sindicales, preocupados por la terrible mortalidad infantil y el descenso de la natalidad (consecuencia de las infrahumanas condiciones de trabajo de mujeres y niños y del deterioro de la vida familiar), que ponían en peligro la reproducción misma de la fuerza de trabajo, e influidos, también, por los ideólogos burgueses, que fustigaban la disolución de la familia obrera en nombre de la buena moral tradicional, terminaron por dictar leyes proteccionistas para las mujeres y los niños. Dichas leyes, si bien mejoraron las condiciones de trabajo de ambos, hicieron menos apetecible su contratación por parte de los empresarios.

Poco a poco se fue imponiendo el modelo de salario familiar que los sindicatos exigían, es decir, un salario para los hombres, suficiente para el sostenimiento de sus familias. Y poco a poco, también, las mujeres se fueron reintegrando al hogar. Los intereses patriarcales dividieron a la clase obrera: tras la primera oleada de acceso de las mujeres al trabajo asalariado, la mano de obra femenina disminuyó drásticamente en los países que conocieron un mayor auge. Posteriormente, ha estado sujeta a fuertes vaivenes: aumentando en algunos períodos y disminuyendo en otros, al albur de las necesidades capitalistas. Hoy en día, incluso en los países capitalistas desarrollados que arrojan unos mayores porcentajes de empleo femenino, el número de mujeres asalariadas es siempre inferior —incluso notablemente inferior— al de los hombres. En cualquiera de los casos, el empleo de la mano de obra femenina está marcado por las características de la división sexual del trabajo a las que antes hemos hecho mención y sujeto a los imperativos que genera dicha división en el seno de la familia patriarcal y en la sociedad en su conjunto.

Así pues, el desarrollo del capitalismo no trajo consigo la desaparición de la familia obrera. El análisis marxista clásico se equivocó en este punto. La historia ha ido

mostrando que las relaciones patriarcales tienen una dinámica específica, que operó en la formación de la sociedad capitalista y contribuyó a configurarla. Los fundadores del marxismo no acertaron a verlo y ello les llevó también a la creencia de que en la incorporación de la mujer al trabajo asalariado estaba la clave de su emancipación. También la experiencia histórica ha demostrado que esta vía es insuficiente, además de difícil, precisamente por el hecho de que las relaciones patriarcales empujan hacia el confinamiento de la mujer en el hogar.

4. La familia genera y reproduce la división sexual del trabajo

La división sexual del trabajo en la sociedad capitalista asigna a la mujer la tarea de perpetuar la familia y la liga estrechamente a esta institución. La mujer cumple en ella un papel específico y permanece subordinada al hombre. La familia funciona como un mecanismo de control de la mujer en lo que se refiere a su capacidad sexual y reproductora.

Las principales funciones que la mujer desempeña en ella son:

- reproducción biológica de la especie;
- trabajo doméstico, que comprende el trabajo dedicado al cuidado y educación de los hijos, así como el trabajo exigido para el mantenimiento y atención del marido y del conjunto del grupo familiar;
- canalización de las relaciones sexuales;
- creación de condiciones satisfactorias de bienestar y afectividad.

Estas tareas se han considerado marginales o accesorias para el funcionamiento de la sociedad capitalista y, sin embargo, no lo son. Absorben la mayor parte del trabajo y de la vida de las mujeres y repercuten de forma importante en la vida de los hombres. Además, la familia institucionaliza el trabajo privado necesario, con lo que su importancia económica es evidente. Por último, su papel ideológico (reproducción de la ideología patriarcal y burguesa, control social...) sigue siendo sumamente importante. Por todo ello decimos que la familia genera y alimenta la división sexual del trabajo en la sociedad capitalista.

Se puede constatar, sin embargo, que una parte tan importante para el funcionamiento de la sociedad capitalista —como es la familia— no ha sido apenas tenida en cuenta por el análisis marxista (*). También ha estado fuera de la consideración y de la práctica política de la izquierda, que ha aceptado la división entre la vida pública y la esfera de lo privado o familiar, limitando su acción política al marco de lo que hemos llamado esfera pública, es decir, el marco exclusivo de la lucha de clases. E, incluso en ese marco, se ha desenvuelto de una forma parcial, al desconsiderar las implicaciones que en la esfera de lo público tiene la división entre los sexos, y las contradicciones que la misma engendra.

Ciertamente, la subordinación de la mujer al hombre en la familia ya no es tan absoluta como lo fue en el pasado. La ideología liberal y la incorporación de la mujer al trabajo asalariado han contribuido, entre otros factores, a hacer evolucionar las relaciones familiares a este respecto. Pero, incluso en aquellos países donde la situación ha evolucionado más, esa subordinación sigue existiendo, y, aunque las leyes ya no la sancionen tan crudamente, la imponen las costumbres, la moral, y la dependencia económica de la mujer.

(*) Conviene reseñar aquí algunas aportaciones de indudable interés, que escapan a la tónica de desconsideración de esta cuestión:

La familia, además, de encadenar a la mujer al desempeño de determinadas funciones y consagrar su subordinación, la modela, conformando su personalidad —y, en menor medida, también la del varón—. Ello afecta no sólo al ama de casa sino también a la mujer asalariada, pues, no cabe duda, que si en el marco del trabajo asalariado los intereses del trabajador y la trabajadora pueden parecer coincidentes, en realidad, los de ésta están condicionados por su situación en cuanto mujer y su situación en la familia.

La institución familiar gira en torno a la maternidad. La mujer es concebida ante todo como madre, con toda la carga cultural —no biológica— que la palabra tiene. El culto a la maternidad llega a convertirse para muchas mujeres en un sucedáneo de la acción y la creatividad. Los hijos pueden llegar a vivirse como posesión, como prolongación del yo, como depositarios de toda afectividad y, en definitiva, como compensación de todas las carencias. En las sociedades capitalistas desarrolladas, a medida que disminuye el número de hijos, tiende a aumentar la importancia concedida a su cuidado y educación, hasta el punto de pasar a ocupar el papel principal en la definición social de la mujer.

Son muchas las mujeres que viven su función maternal y educadora como su misión principal en la vida, lo que hace que se muestren reacias a dedicarse a actividades extrafamiliares. Con frecuencia, el trabajo fuera de casa se ve como un abandono de la verdadera «vocación femenina», lo que empuja a aceptar que sea el hombre el que asuma el trabajo y la actividad pública. En todo caso, cuando la mujer madre trabaja fuera del hogar vive conflictivamente las contradicciones que se le presentan con su función maternal. El hombre, por el contrario, considera su deber la actividad externa a la familia y contempla a ésta en contrapartida, como un lugar de refugio, de alivio de la tensión, de posesividad.

Si consideramos dos clases de trabajo, el asalariado y el doméstico, veremos que el volumen de fuerza de trabajo empleado en cada uno de ellos o, lo que es lo mismo, el número de personas empleadas, es aproximadamente igual. Si la inmensa mayoría de los hombres realiza un trabajo asalariado en la industria y los servicios, la inmensa mayoría de las mujeres trabajan en el hogar (pues incluso las que trabajan fuera de casa no se ven libres de las faenas domésticas). Tanto unos como otras son trabajadores y su trabajo es un trabajo necesario para el mantenimiento de la sociedad capitalista y patriarcal.

Una parte importante del trabajo doméstico lo constituye el cuidado de los hijos, pero no se agota ahí. La manutención y cuidado de la fuerza de trabajo, es decir, la atención que exigen los miembros de la familia para su bienestar (alimentación, limpieza, etc.) se efectúa en el seno de la familia, es una labor que recae sobre la mujer y por la que no percibe salario alguno. Se trata de un trabajo socialmente necesario, que se realiza en la familia en condiciones de comodidad e inhibición por parte de los hombres y en condiciones económicas y sociales favorables para el sistema capitalista.

En las sociedades precapitalistas, el trabajo doméstico no era el único que realizaba la mujer en el seno de la familia, sino que lo combinaba con el trabajo en la agricultura, la artesanía o el comercio. Sin embargo, en la sociedad capitalista, el trabajo doméstico ha tendido a ocupar un lugar primordial, siendo el único que, en muchos casos, la mujer desempeña. Por eso se ha dicho que el ama de casa nace con el capitalismo, al mismo tiempo que el proletariado.

La consideración del trabajo doméstico como el trabajo femenino por excelencia, consideración que comparten muchas mujeres, hace que no exista una conciencia clara sobre el derecho de las mujeres a un puesto de trabajo, lo que explica la escasa

conflictividad del paro femenino, la relativa facilidad con que aquellas tienden a abandonar el trabajo, la menor combatividad que, por lo general, ponen en juego a la hora de defenderlo o mejorarlo... Cuestiones todas ellas que, no hace falta decirlo, favorecen los intereses capitalistas.

La familia propicia asimismo el que las mujeres sean consideradas como objetos sexuales. En realidad, las relaciones sexuales se prestan a ser concebidas como relaciones de posesión con más facilidad que otras relaciones humanas (abolida la esclavitud). El propio Marx reconoció que «el matrimonio es, incuestionablemente, una forma de propiedad exclusiva». A través del mismo se controla la sexualidad de la mujer y su capacidad reproductora y es, según la moral tradicional, el único marco de relación sexual lícita. La igualdad formal, jurídica, de la sociedad burguesa se aplica también a las relaciones matrimoniales, pero, al igual que en otros campos, dicha igualdad encubre verdadera opresión y desigualdad (doble moral, miseria sexual de la mujer, sexualidad limitada a la reproducción de la especie...).

Más aún, con el capitalismo moderno se ha producido una disminución de la jornada laboral que ha hecho que, para amplios sectores de la población, hayan aumentado las posibilidades de disfrutar de tiempo libre y de desarrollar una vida personal autónoma. Pero estas posibilidades, que en teoría podrían suponer un avance social importante, en la práctica no han hecho más que proporcionar a las clases trabajadoras la ilusión de una libertad y autonomía que, en realidad, no poseen. Al contrario, la vida personal, bajo el capitalismo, no sólo está sometida a una feroz comercialización (comercialización del ocio, de la cultura...), sino que casi todas las necesidades personales de relación, de comunicación, de afecto, se canalizan hacia la familia y se restringen al ámbito estrecho de la misma. Esta es, por lo demás, una de las razones de su capacidad actual de adaptación, de su capacidad de resistencia frente a las presiones adversas, a pesar de que muchas de sus antiguas funciones hayan perdido peso.

Privada la familia de gran parte de su proyección social, se ha convertido en una fuente de subjetividad e individualismo. Esta búsqueda de realización personal en la familia, de seguridad, de colchón que amortigüe las presiones externas se realiza en gran medida a costa de las mujeres y le confiere una gran tensión interna, provocada por el hecho de ser el único refugio en medio de una sociedad agresiva y brutal.

5. Papel de la familia en el capitalismo

Como hemos apuntado, la familia cumple, de forma satisfactoria para los intereses del capital, funciones necesarias para la estabilidad económica y social del sistema: reproducción y mantenimiento de la fuerza de trabajo, regulación del mercado de mano de obra de reserva. Además, la familia se ha convertido en una unidad de consumo impresionante y el ama de casa en una de las principales destinatarias de ese consumo.

En la sociedad capitalista, la inmensa mayoría de las familias ya no son las depositarias de la propiedad privada de los medios de producción. Sin embargo, la familia, el hogar, encarnan, para la gran mayoría de hombres y mujeres desposeidos, la idea de propiedad, de aquello que pueden aspirar a poseer y de lo que pueden ser realmente dueños. En una sociedad en la que los trabajadores no poseen más que su fuerza de trabajo, que tienen que vender en el mercado, el hogar, la familia, los hijos llenan las ansias de posesión que el sistema capitalista, competitivo e individualista, fomenta. De este modo, la familia se convierte en un estímulo para los trabajadores y en un instrumento de integración social: quien no posee una familia trabaja para constituirla o sueña con ella.

Cumple, asimismo, un apreciable papel de control social, contribuyendo, de este modo, a la estabilidad del sistema. Sirve de vehículo para la reproducción de las ideas más conservadoras, los viejos ideales, la moral sexual más represiva... Por su estructura jerárquica, imprime el respeto a la jerarquía, la obediencia y la sumisión. So pretexto de una chata solidaridad familiar, fomenta la insolidaridad, el individualismo y la atomización social. La defensa de su propia existencia y bienestar sirven de freno poderoso a las rebeldías sociales de sus miembros.

Las anteriores consideraciones nos llevan a afirmar que la familia patriarcal es un instrumento de inapreciable valor para el control y la estabilidad sociales. No es casual que los regímenes reaccionarios la defiendan como uno de los pilares básicos de la sociedad, como tampoco lo es el hecho de que la necesidad de su destrucción haya sido proclamada en numerosas ocasiones por pensadores y movimientos revolucionarios.

6. Capitalismo y liberación de la mujer

El capitalismo, al tiempo que sienta unas bases objetivas favorables para acabar con la división sexual del trabajo, crea las condiciones para una toma de conciencia feminista, al poner en evidencia la existencia de dicha división, mediante el establecimiento de una separación radical entre la familia y la producción.

Así:

• El capitalismo demanda, como hemos visto, trabajo indiferenciado. Pero en la realidad, la mujer se ve rechazada o discriminada en el trabajo en función de su sexo.

• La ideología burguesa proclama la igualdad de los seres humanos, pero las desigualdades de clase y sexo ponen al descubierto la falacia de dicha igualdad.

• En la medida que la mujer se incorpora al trabajo asalariado es más consciente de la sobre explotación que sufre como mujer: no sólo por la desigualdad salarial o de categoría, sino también por la doble jornada de trabajo que debe desarrollar (en el hogar y fuera de él) y que los hombres no realizan.

• Más aún, al aumentar el tiempo libre y las posibilidades de desarrollo de una vida personal, la mujer se ve más crudamente enfrentada al vacío que le ofrece la vida familiar. Al mismo tiempo, el capitalismo comercializa su tiempo libre dirigiendo su capacidad de consumo hacia actividades que tienden a hacerla más esclava de su propia imagen (labores domésticas, arreglo personal).

En el seno de la familia misma se han creado condiciones objetivas y subjetivas que ponen en cuestión el papel tradicional de la mujer en ella:

• El desarrollo de la contracepción, unido a un mayor conocimiento de la sexualidad, facilita un mayor control de la capacidad reproductora por parte de las mujeres. Del mismo modo, las medidas encaminadas a la socialización del cuidado y educación de los hijos (guarderías, escolarización temprana, lactancia artificial), la posibilidad de creación de otros servicios colectivos y la tecnificación del trabajo individual empujan a las mujeres a romper el encierro del hogar.

• Por lo que se refiere al papel de control de la sexualidad que cumple la familia, también se han experimentado modificaciones de importancia: la anticoncepción permite separar la sexualidad de la reproducción, las ideas favorables a la libertad sexual se abren paso, al menos en ciertos sectores sociales, y se extiende la legitimidad del placer sexual para las mujeres y del derecho de éstas a controlar su propio cuerpo.

No obstante, el Estado interviene para mantener y reproducir la sociedad capitalista, para asegurar su estabilidad, y no olvidemos que se trata de una sociedad que se asienta sobre las relaciones patriarcales entre los sexos, relaciones que constituyen una parte inseparable de la misma. El sistema capitalista funciona sobre la desigualdad de las clases, de los sexos y sobre otras muchas desigualdades. A su vez, el Estado interviene para contrarrestar las tendencias antes apuntadas, mediante sus aparatos legislativos, coercitivos e ideológicos (medios de comunicación, Iglesia, educación...). Para ello cuenta no sólo con el apoyo social de las clases dominantes, sino con el apoyo más o menos activo de la mayoría de los hombres de las clases dominadas.

Así, frente a las posibilidades que ofrece la anticoncepción, se intenta arrebatar a la mujer la capacidad de control sobre su maternidad, que es utilizada en función de otros intereses (necesidad de mano de obra, problemas demográficos, control sexual y sujeción de la mujer a la familia...). Frente a las posibilidades de socialización del trabajo doméstico y del cuidado de los hijos, el Estado frena el desarrollo de los servicios adecuados o lo adapta a las necesidades de mano de obra. Si es preciso, impulsa campañas de mitificación de la función maternal, de la lactancia natural, de la responsabilidad sagrada de la madre en la educación y estabilidad sicológica de los hijos. O trata de obstaculizar el acceso de la mujer al trabajo asalariado, o de mantenerla marginada en el mismo, mediante una legislación apropiada (leyes proteccionistas, libertad de despido, trabajo a tiempo parcial, trabajo a domicilio...).

El capitalismo, en fin, con su lógica de convertirlo todo en mercancía, comercializa el ocio, comercializa el sexo y comercializa a la mujer, convirtiéndola en mercancía sexual.

7. Repercusiones de este análisis en nuestra política

• El análisis marxista de las distintas formaciones sociales, de los mecanismos de opresión sobre los que se han ido edificando aquéllas y de los antagonismos existentes en las sociedades, ha puesto tan unilateralmente el acento en el estudio del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción —centrándose en las clases sociales— que ha dejado prácticamente fuera de él la investigación de las repercusiones que tiene en la historia la opresión de las mujeres por los hombres. Desde el punto de vista teórico, es necesario contribuir a rellenar esta importante laguna, participando en el desarrollo del análisis marxista en lo que se refiere, sobre todo, al conocimiento de las bases en que se asienta la formación social capitalista y patriarcal, entre ellas la opresión de las mujeres.

Si en el II Congreso del MC tratamos de avanzar en la línea de desvelar las manifestaciones y algunas consecuencias de la opresión de las mujeres, ahora nos planteamos un paso más. Se trata de profundizar en lo que representa el patriarcado para la organización económica, social, política e ideológica del capitalismo. Y consideramos necesario que este estudio sea realizado por el conjunto del partido.

• Desde el punto de vista estratégico, no cabe duda de que la irrupción del feminismo en nuestra teoría y en nuestra práctica política ha contribuido en bastante medida a modificar anteriores concepciones acerca de la revolución, del socialismo, del propio partido... El estudio del patriarcado y su relación con el capitalismo, tal como se plantea en esta ponencia, saca a la luz temas nuevos referidos a las fuerzas revolucionarias, a la política de acumulación de éstas, a la relación entre el partido y los movimientos de masas, a las alianzas... Estas repercusiones —no planteadas de forma explícita en el texto precedente— deberán ser profundizadas por nosotros

(en nuestro pensamiento y en nuestra práctica política), en la medida en que queramos ser consecuentes con el análisis realizado.

• La constatación de que la división y el antagonismo de sexos, de que la dominación de los hombres sobre las mujeres atraviesa toda la sociedad, tiene evidentes repercusiones en nuestra práctica política. No es posible llevar a cabo una educación revolucionaria ni cabe contemplar los diversos temas políticos sin tener en cuenta este hecho. El ataque constante a las manifestaciones diversas del dominio de los hombres y la consideración y defensa de los puntos de vista e intereses específicos de las mujeres debe estar presente en nuestra práctica política.

La práctica política habitual de los partidos de izquierda —incluido el nuestro— sigue dominada por una visión «masculinizada» del mundo, de lo que es la política, de lo que son cuestiones políticas. Si hasta ahora se ha hecho, por fuerza de la inercia, la política desde un punto de vista «masculino», es preciso revolucionarizar con la visión feminista esta concepción y esta práctica.

Un aspecto particular de esta nueva visión que se plantea es el de la consideración de muchas materias, hasta ahora entendidas como ajenas a la política (la sexualidad, la vida doméstica y familiar, la maternidad y sus consecuencias para la mujer...), como políticas, como ámbitos en los que se plantea con toda su crudeza la opresión de las mujeres, donde queda más al descubierto su condición de sexo oprimido.

• La comprensión de la fuerza que tiene la dominación patriarcal, capaz de sobrevivir y adaptarse con nuevas formas a los distintos sistemas sociales, plantea temas de interés que afectan al conjunto de la política revolucionaria y también a nuestro propio sistema organizativo. La dominación de los hombres sobre las mujeres está profundamente arraigada en la vida social y en la vida privada, se asienta en privilegios históricamente ejercidos por los hombres y se prolonga en una ideología que, con todas las variantes propias de los tiempos, lleva a justificar y perpetuar esta dominación.

La complicidad del patriarcado con los intereses objetivos del capitalismo revierte en el afianzamiento de éste; la lucha contra el dominio de los hombres contribuye a minar el sistema social capitalista.

Pero, esta capacidad de persistencia del patriarcado a lo largo de la historia, plantea también la necesidad de una fuerte lucha contra él en todos los ámbitos: político —en el más amplio sentido de la palabra—, ideológico y organizativo.

• El feminismo, en definitiva, aporta a la lucha revolucionaria una nueva dimensión. Modifica, por una parte, nuestra concepción general del socialismo y del proceso revolucionario. Pone en cuestión, además, toda una organización social basada en la jerarquía de sexos y, con ello, ataca a la más antigua y arraigada de las escalas jerárquicas; en este sentido el feminismo revolucionario lleva hasta sus últimas consecuencias la lucha por la igualdad y contra la opresión. Una coherencia elemental con el planteamiento feminista lleva consigo la puesta en cuestión de las relaciones de producción y de la cultura e ideología dominantes. Finalmente, al atravesar toda la práctica política —ya que es el sistema en su conjunto el que está atravesado por la contradicción entre hombres y mujeres—, el feminismo convierte en política todos los ámbitos de la vida y de las relaciones entre las personas, haciendo de todos ellos blancos de la lucha contra la opresión.

EL FEMINISMO HOY

a) La influencia del feminismo en nuestra sociedad

• Surgimiento del movimiento feminista actual

El movimiento feminista que hoy conocemos nace en el Estado español a finales de 1975 (1). Son varios los factores que propician su nacimiento: la incorporación de un número importante de mujeres al trabajo asalariado, el auge del movimiento de lucha contra el franquismo y la influencia del movimiento feminista europeo y norteamericano.

Antes, bajo el franquismo, en los años más duros, el enemigo de las mujeres y hombres del pueblo parecía ser único y común; la dictadura franquista aparecía como el obstáculo número uno en cuyo derribo era preciso concentrar todas las fuerzas y energías de lucha. La inexistencia de las más mínimas libertades, las contundentes trabas impuestas a la difusión de ideas progresistas y liberadoras ocultaban y enmascaraban los mil y un aspectos que encierra la lucha por la libertad, contra el sistema capitalista y por el socialismo.

Cuando el régimen empieza a tambalearse, cuando su fin se ve como algo posible, cuando la práctica represora empieza a ser —porque ya no podía ser de otro modo— más contradictoria y menos contumaz, empiezan a penetrar ideas que fuera de nuestras fronteras tenían ya unos años de existencia. Empiezan a cobrar importancia, hasta entonces impensable, ideas, luchas y movimientos sociales que encierran una potente carga revolucionaria, transformadora de la sociedad.

Son unos meses en los que, de formas diferentes, se propagan y empiezan a tomar cuerpo, entre otras, ideas liberadoras para la mujer. La lenta, pero importante

(1) Hasta finales de los sesenta las ideas feministas eran prácticamente extrañas en estas tierras; sólo mujeres aisladas, a título individual, a través de artículos de prensa, libros... se esfuerzan por denunciar la situación de las mujeres. Hay que señalar el caso particular del M.D.M. como grupo de mujeres ligado al PCE y al PSUC. A grandes rasgos podemos afirmar que era un movimiento preocupado por la incorporación de las mujeres a la lucha popular, contra la carestía de la vida, por las libertades democráticas, la asistencia a los presos políticos, la amnistía, etc..., pero alejado de planteamientos específicamente feministas. La celebración en Madrid, los días 6, 7 y 8 de diciembre de 1975 de las primeras Jornadas por la Liberación de la Mujer, en las que participan los distintos grupos de mujeres —algunos de ellos con una orientación claramente feminista— que se habían ido creando en los años 70, marcan el inicio del movimiento feminista organizado que hoy conocemos.

transformación que se ha dado del papel desempeñado por las mujeres en esta sociedad supone un campo abonado para la recepción de este conjunto de ideas nuevas.

Se abre paso un cierto cuerpo de ideas que reclaman el respeto a la libertad e independencia de la mujer con relación al hombre, que reivindican el derecho de aquella a definirse por sí misma y a determinar lo que quiere hacer de su vida.

En un primer momento, el feminismo, o mejor dicho, algunos aspectos concretos de este conjunto de ideas liberadoras, se abre camino a algunos niveles con una rapidez bastante llamativa. Los medios de comunicación no descaradamente reaccionarios reflejan con interés estas nuevas ideas... Es un fenómeno sobre el que todo el mundo —hombres y mujeres— se ven obligados a tomar posición. En ciertas capas sociales —profesionales, estudiantes, juventud, algunos sectores de la clase obrera— se produce una no despreciable liberalización de las costumbres: se empieza a poner en cuestión el matrimonio, se comienza a comprender lo lícito de las relaciones homosexuales, lesbianas... Cambios que, como decíamos, se producen a un ritmo rápido y que contrastan con lo tradicional y conservador de esta sociedad.

• Condiciones en las que se desarrolla el movimiento feminista

Pocas sociedades en el mundo occidental son tan profundamente patriarcales y tradicionalmente machistas como la del Estado español. Para comprender esta realidad, a la que el movimiento feminista tiene que hacer frente, es necesario tener presente una serie de datos: tardía industrialización, una burguesía que no hizo su revolución, inexistencia de un movimiento sufragista, peso enorme de la Iglesia católica, así como casi cuarenta años del fascismo más misógino...

Todo ello configura una realidad poco propicia para las ideas que este nuevo movimiento está poniendo en circulación. No hay que olvidar, sin embargo, el breve paréntesis de la II República, que trajo consigo ideas democráticas y liberadoras que afectaban a la consideración de la mujer, ideas de las que algún germen ha quedado en sectores del pueblo.

Por otra parte, la realidad tampoco es uniforme. Cabría hablar de Catalunya como una sociedad más liberal y permisiva y cabe también señalar la peculiaridad de aquellas zonas en las que el peso de las tradiciones y de la vida rural determina una mayor dificultad para el avance de ideas revulsivas de mentalidades y costumbres.

A la hora de analizar las realidades sobre las que tendrá que actuar el movimiento feminista hay un elemento que va a tener repercusiones claras: la existencia de un movimiento obrero y popular organizado y en lucha; la existencia de partidos de izquierda, mayoritariamente reformistas, y también, aunque minoritarios, revolucionarios; y la participación de las mujeres en todas estas organizaciones.

En una palabra, el surgimiento y primer desarrollo del movimiento feminista se da en un momento en que todavía está en auge la lucha popular, en un momento en que se vive la esperanza de la democracia y la libertad.

En esta realidad organizativa popular entran, de modo más o menos directo, algunas de las ideas que está poniendo en circulación el movimiento feminista. Suponen, sin duda, en un primer momento, un considerable toque de atención para las tranquilas conciencias masculinas. El movimiento popular se ve obligado a interrogarse sobre ideas y actitudes que hasta entonces se habían vivido como «naturales». De este primer enfrentamiento podemos deducir ya una serie de rasgos que, con el tiempo, irán desarrollándose: los avances se producen allá donde existen mujeres con conciencia feminista; sin la presencia allá donde existen mujeres con conciencia femi-

nista; sin la presencia y actividad de un movimiento feminista organizado es imposible conseguir que se acepten como cuestiones políticas los problemas concernientes a la liberación de la mujer; las ideas y actitudes machistas de los hombres de la clase obrera —incluso de sus sectores más avanzados— son algo profundamente arraigado, algo así como una segunda piel; hombres revolucionarios en muchos terrenos pueden aceptar como buena la organización patriarcal de la sociedad; sin embargo, es también cierto que una firme actitud revolucionaria supone una base positiva para comprender la situación de opresión de las mujeres, para adoptar una actitud de solidaridad con las mismas. La colaboración con el sistema por parte de la izquierda reformista es un serio obstáculo para plantearse muchas de las preocupaciones y objetivos del movimiento feminista, el cuestionamiento de la familia patriarcal, por ejemplo. Desde este punto de vista, la aceptación de una salida capitalista a la crisis económica por parte de las fuerzas reformistas, en concreto de CC.OO., ha limitado enormemente el trabajo feminista en el campo sindical.

- **Efectos de la reforma política sobre el avance de las ideas feministas en la sociedad**

El paso de los meses y de los años va mostrando el carácter limitado de la Reforma desde el punto de vista de las conquistas democráticas. La hegemonía de la derecha se va haciendo sentir con claridad meridiana. La actividad del PSOE y del PCE se caracteriza, básicamente, por la búsqueda de una mejor posición en el interior del sistema político: su política se traduce en una profundización del compromiso con el régimen y en un intento de congraciarse con las fuerzas dominantes en los órdenes social, económico y militar. Los movimientos populares inician, aunque, como veremos, de forma contradictoria, un proceso de marcha atrás.

Esta gestión influye, como no podía ser de otra manera, en el movimiento feminista y en el avance de las ideas feministas. Las dificultades aumentan. La «moda», el boom del feminismo va poco a poco desapareciendo. El retroceso de las secretarías de la mujer de CC.OO., por ejemplo, se va evidenciando día a día. Los medios de comunicación que, en un primer momento, saludaron con bastante agrado la aparición de las ideas feministas e incluso de la actividad feminista, empiezan a mostrarse cautos y circunspectos. Comienzan a apreciar que las ideas feministas son peligrosas por lo que tienen de enfrentamiento radical con la derecha, con la Iglesia, con el sistema político.

Tras el primer despegue, tras unos cambios bastante espectaculares, el cerco se va perfilando, las dificultades para influir en una sociedad tan conservadora como la nuestra se van haciendo evidentes.

Este cambio en la situación se suma a las dificultades primeras más profundas: al peso de las ideas conservadoras en las clases populares, el apego a la familia tradicional, por ejemplo y, muy especialmente, ese aferrarse los hombres a su conciencia de superioridad.

A pesar de las dificultades de diversa índole a las que el movimiento tiene que hacer frente, es evidente que se produce una serie de cambios como consecuencia de la existencia del movimiento feminista:

—Las concepciones conservadoras y machistas sobre el papel de las mujeres, sobre la familia, sobre la sexualidad... sufren un desgaste de cierta importancia.

—Entre la juventud se abren paso, de modo especial, ideas y actitudes tendentes a no aceptar el papel tradicional de las mujeres, a poner en cuestión la sexualidad

represora. Estos cambios son, en general, sólo un resultado indirecto de la influencia del movimiento feminista. Ello lleva aparejado que algunos aspectos básicos de la ideología feminista no sean bien comprendidos ni aceptados; entre éstos habría que destacar el de la contradicción entre hombres y mujeres.

—Entre hombres y mujeres comienzan a tambalearse principios básicos del funcionamiento de la sociedad: los derechos y deberes distintos según el sexo al que se pertenezca.

—Por primera vez los hombres se sienten inseguros en su papel de hombres. Sectores minoritarios empiezan a poner en cuestión su papel social-sexual; otros, sin embargo, reaccionan con agresividad ante las mujeres y, muy especialmente, ante las actitudes de rebelión de éstas.

—El movimiento feminista se ha dado a conocer y no resulta sencillo calificar a las mujeres que lo componen de «locas», «histéricas» o «burguesas»; algunas de las reivindicaciones que ha lanzado a la calle han conseguido alcanzar el carácter de problema político: el derecho al aborto, por ejemplo.

—Los partidos de la izquierda reformista se ven obligados a responder al reto que lanza el movimiento feminista. Están lejos los años de Arias Navarro, los primeros años de la reforma en que nadie se planteaba la exigencia de «amnistía para las mujeres», las primeras elecciones en las que la reivindicación del aborto fue prácticamente silenciada. Tanto el PCE como el PSOE tienen que tener en consideración algunas de las cuestiones lanzadas por el movimiento feminista y sumarse, en algunas ocasiones, a algunas de sus campañas, a pesar de seguir aceptando, en lo fundamental, —sobre todo y de modo descarado en el caso del PSOE— la organización sexista, patriarcal de esta sociedad.

—Por otra parte, no cabe duda que en todo ello influye también el hecho de no nacer aquí, en el Estado español, el feminismo moderno. La experiencia de otros países ha enseñado ya la fuerza que éste podría representar.

—La derecha ha lanzado en los últimos tiempos una campaña brutal a favor de la familia y del papel tradicional de la mujer frente a la sexualidad libre, el derecho al aborto. La iglesia católica juega en toda esta confrontación de ideas un papel muy destacado. Conviene llamar también la atención sobre la reaccionarísima actitud de las jerarquías de los Colegios Médicos en relación al derecho al aborto. Todas estas fuerzas hacen de ello banderas suyas y llegan con estas ideas a sectores populares. La tradición, lo que casi ni se recuerda cómo se aprendió, la fuerza de la costumbre, pesan terriblemente. Las posturas más que timoratas del PSOE en este campo son también un índice de esta realidad social.

A pesar de los cambios, a pesar de la verdad indudable de que mujeres y hombres han sufrido en los últimos años transformaciones considerables en su conciencia y en su vida, sin embargo, es también cierto que existe y se deja ver con claridad una distancia clara entre los anhelos y esperanzas del movimiento feminista y los sectores incluso de vanguardia de las clases trabajadoras.

• El gobierno del PSOE

La existencia de un gobierno socialista va a tener, sin duda, repercusiones en este campo. De entrada no es exagerado afirmar que tampoco en este terreno el PSOE va a efectuar cambios en profundidad pues ello exigiría, en primer lugar, tener una voluntad clara de llevarlos a cabo y, en segundo, aceptar enfrentarse a la derecha, a la Iglesia y a la fuerza de las costumbres.

El programa electoral del PSOE, así como su actuación a lo largo de estos primeros meses de gobierno, dejan ver con claridad suficiente cuales son los límites de sus posibles reformas. En este terreno el Gobierno puede hacer algunos movimientos que vayan en la dirección de mostrar que intenta cambiar la vida, la situación de las mujeres. Algunos de ellos, por ejemplo, ciertos cambios en los libros de texto, en la publicidad... —aspectos que destacaron las mujeres del PSOE a lo largo de la campaña electoral— pueden servir para ofrecer una imagen más atractiva del Gobierno. No obstante, en este terreno, el Gobierno socialista se ve enfrentado a un problema de primera magnitud al que tiene que dar respuesta: la reivindicación al derecho al aborto. Su posición es inequívoca: el aborto seguirá siendo un delito, salvo en los casos de violación, de malformación del feto o de peligro para la vida de la madre. Limitaciones todas ellas que contrastan grandemente con las necesidades objetivas de las mujeres y con las exigencias planteadas por el movimiento feminista. A pear de todo ello el PSOE va a aparecer como el gran defensor de la legalización del aborto debido a la campaña de la derecha que será muy fuerte. Esta batalla así planteada puede tener consecuencias contradictorias. Pues si bien, por una parte, va a servir para lanzar con gran fuerza este debate, por otra parte, puede llevar a muchas mujeres a aceptar la propuesta del PSOE considerando que es lo más que se puede conseguir.

No hay lugar a dudas de que la batalla por el derecho al aborto —que ya ha comenzado con fuerza estos días al conocerse que el Gobierno enviará en febrero a las Cortes su proyecto de reforma del Código Penal— va a ser de enorme importancia, trascendiendo incluso el ámbito de lo estrictamente feminista ya que se trata de un enfrentamiento de la derecha con el Gobierno, poco previsible, hoy por hoy, en otros campos.

Las reformas en otras materias relativas a la vida y la situación de las mujeres, que, aunque de forma tímida, emprenda el Gobierno (las ya señaladas más arriba, a las que habría que añadir otras tales como la información y planificación familiar, etc...) no hay duda de que tendrán repercusiones en sectores amplios del pueblo. Estas repercusiones, es de esperar que sean contradictorias, pues si, por una parte, pueden ayudar a un cierto cambio de mentalidades, por otro, pueden tranquilizar conciencias y dar por bueno lo que se hace desde el Gobierno sin exigir más.

b) Situación del movimiento feminista

• **El movimiento feminista**, el movimiento autónomo de las mujeres ha jugado en nuestra sociedad un *incuestionable papel de vanguardia* en orden a introducir una serie de preocupaciones desconocidas hasta entonces por estas tierras —sexualidad, aborto, lesbianismo, trabajo doméstico, relaciones personales...— y el que ha bregado por conseguir que fueran considerados como políticos.

Las organizaciones autónomas de mujeres han conseguido aglutinar a su alrededor a un número considerable de mujeres. Mujeres que se sienten y se viven como parte de ese movimiento de liberación. Nos vamos a centrar en el análisis de las características del movimiento feminista organizado, no de ese conjunto más amplio, pues son los núcleos organizados los que fundamentalmente marcan el carácter de esta lucha, porque son ellos los que dirán cuáles van a ser las líneas de actuación. De sus posiciones, de su actuación política depende, en gran medida, cuál sea el comportamiento de ese núcleo más amplio y, evidentemente, más heterogéneo.

El movimiento feminista que aquí se ha desarrollado ha sido un movimiento mayoritariamente radical. Sus posiciones político-feministas dan idea a la raíz de las cosas, oponiéndose a la organización patriarcal de la sociedad. Sus reivindicaciones,

traducidas en muchas ocasiones en luchas, no se han limitado a la lucha por meras reformas, sino que las ha encuadrado en un cuestionamiento global de la sociedad.

A pesar de algunas vacilaciones, su orientación ha sido no sólo de enfrentamiento con la organización patriarcal de la sociedad, sino también con el sistema en su conjunto.

En lo fundamental, su práctica política ha estado alejada del posibilismo y del reformismo.

Para comprender el por qué de estas posiciones políticas hay que analizar cuál es su composición. Un gran número de las mujeres encuadradas en el movimiento feminista son antiguas luchadoras antifranquistas. La presencia de militantes de la LCR y del MC es una constante del mismo, siendo muy escasa la presencia de militantes del PCE. Es un movimiento compuesto por trabajadoras de la enseñanza, sanidad, fábricas, limpieza, por profesionales, por mujeres en paro, por estudiantes...

• **El movimiento feminista surge en un momento de auge político**; nace con gran fuerza y consigue llegar en poco tiempo a un número considerable de mujeres. Las primeras mujeres que forman parte de él lo hacen con gran entusiasmo y con la conciencia de ser protagonistas de una puesta en cuestión de la sociedad muy global y profunda; descubren muchos aspectos de importantes repercusiones políticas que hasta entonces no habían merecido ninguna consideración. Son momentos de euforia en los que esas mujeres descubren hasta qué punto la sociedad está organizada sobre la base de la opresión de la mitad de la población y rechazan la división sexual del mundo. Se saben formando parte de un movimiento de liberación que tiene ya una realidad fuerte más allá de las fronteras. Es un movimiento que nace con la convicción de tener mucho que decir a las mujeres y a toda la sociedad.

Al paso de unos pocos meses se van creando organizaciones en numerosas ciudades y pueblos. Organizaciones que, pese a algunos intentos escisionistas protagonizados por partidos que querían tener *su* organización, mantienen un carácter unitario y, por lo tanto, pluralista. En fábricas, sobre todo de la mano de afiliadas de CC.OO., surgen también grupos de trabajadoras; el trabajo desarrollado en CC.OO. con la creación de las Secretarías de la Mujer tiene repercusiones muy positivas.

• El desengaño al ver cómo la reacción se va consolidando, cómo todas las expectativas de una ruptura con el régimen anterior van cayendo, influye también en el movimiento feminista. Son momentos en los que las tentaciones de abandono de la lucha van ganando terreno; ante las dificultades crecen las tendencias a recluirse en un mundo de mujeres; a rechazar el marxismo; a considerar que la lucha no sirve para mucho... La consolidación de la reforma, el asentamiento del poder de la burguesía, el debilitamiento de los movimientos populares, del movimiento obrero, la actitud de colaboración del PCE y del PSOE con el poder y con la derecha, tiene como consecuencia una desorientación política del movimiento feminista, una tendencia a concebir su lucha como una lucha aislada, no unida a la del resto de los movimientos. Estas tendencias son más o menos acusadas en unas organizaciones u otras y ello depende de factores diversos: de la consolidación política que hubiera alcanzado la organización, de la presencia de mujeres avanzadas políticamente, conscientemente revolucionarias... pero también, en gran medida, del nivel de lucha, de organización que mantuvieran los otros movimientos populares.

• **Estas tendencias desmovilizadoras han empezado ya,** hace algún tiempo, *a perder peso.* Las organizaciones feministas, con sus más y sus menos, van consolidándose políticamente y van haciendo su aprendizaje. A pesar de las vicisitudes, el movimiento feminista agrupa de un modo estable a un número no despreciable de mujeres y continúa en general creciendo lentamente.

Pensamos que el movimiento feminista que existe en la actualidad es lo suficientemente sólido como para seguir desarrollándose y que no es aventurado afirmar que, aún en el caso de una mayor represión, incluso en una situación de golpe militar, las ideas feministas no podrían ser barridas con facilidad; que el movimiento feminista trataría de seguir existiendo de alguna manera e influyendo en los sectores de vanguardia.

Es aún demasiado pronto para emitir un juicio preciso sobre cómo influirá en el movimiento feminista la llegada del PSOE al gobierno. Pero, teniendo en cuenta, por una parte, el carácter mayoritariamente radical del mismo, el poco predicamento que en él han tenido las ideas y las prácticas reformistas y, por otra parte, el profundo respeto que el PSOE ha mantenido hacia las fuerzas más patriarcales de la sociedad —no sólo la Iglesia Católica, la patronal y demás reaccionarios de todo tipo, sino la fuerza de la costumbre en la que viven inmersos también los hombres del pueblo— el Gobierno socialista cuenta, de salida, con dificultades para conseguir neutralizar, limar las aristas más duras del movimiento feminista.

No obstante, tratará de neutralizarlas y es de prever que las expectativas que su llegada al gobierno ha creado entre las mujeres del pueblo, los cambios —por mínimos que sean— que promoverá en la situación de las mismas, puede introducir algunos desconciertos y vacilaciones en las organizaciones de mujeres.

En el movimiento feminista hay aspiraciones difícilmente asimilables por el sistema, así como una ideología muy crítica hacia las pautas machistas que «moldean» el régimen capitalista. Sin embargo, no es menos cierto que algunas debilidades político-ideológicas existentes hoy en el movimiento feminista adquieren en la nueva coyuntura política una significación superior. Su carácter radical y de lucha va muchas veces acompañado de una despreocupación por la lucha política general y su carácter anticapitalista no va siempre acompañado de una perspectiva conscientemente revolucionaria.

Tampoco hay que dejar de considerar el peso que pueden tener feministas que no militan en el movimiento organizado —algunas de ellas sí lo hicieron antes— y para las cuales el Gobierno socialista puede suponer toda una serie de posibilidades de actuación en tanto que mujeres (apoyo a iniciativas de investigación, estudio, promoción individual, etc.) y que pueden sentirse bastante —aunque no totalmente— satisfechas ante las tímidas reformas que desde el Gobierno se emprendan.

Otro elemento a tener en cuenta es la existencia de feministas que están total o parcialmente alejadas del movimiento organizado, precisamente por los contenidos y actitudes radicales del mismo. Indudablemente la existencia del Gobierno socialista puede alentarles a la creación de otro movimiento feminista, más próximo a sus posiciones. El éxito de una empresa de este tipo supondría un duro revés. En la medida de que contara con un cierto apoyo institucional y en la medida en que pudiera contar con mujeres de alguna significación feminista, la situación del movimiento feminista actual se vería enfrentada a unas dificultades muy graves.

Este es, a grandes rasgos, el movimiento feminista que existe. Desde el punto de vista de conseguir que sea un movimiento de vanguardia con capacidad de incidir realmente en la sociedad y en los sectores revolucionarios de la misma, dos son los factores que, en este momento, suponen un mayor obstáculo.

—*El movimiento feminista,* a pesar de que no está, como ya hemos señalado, estancado, sin embargo, sí es *numéricamente insuficiente* para las no sencillas tareas a las que se ve enfrentado.

Además de las razones de índole más general —el estancamiento que sufre el

movimiento obrero y popular en su conjunto— en el movimiento feminista se dan una serie de fenómenos que son un obstáculo adicional para su crecimiento.

Llegar a tener conciencia de la opresión que se sufre como mujeres supone entrar en contradicción muy dura con la vida, los sentimientos, los aspectos y dependencias que cada mujer soporta. Supone no sólo enfrentarse con un enemigo exterior y que se vive como tal —el capitalismo, el Estado—, sino con personas a las que se vive como cercanas y queridas.

La interiorización de la opresión de las mujeres es un obstáculo difícil de superar. El desgarro interior que significa para muchas mujeres comprender que las relaciones con sus seres queridos —padres, compañeros, maridos— son relaciones mediatizadas por su opresión, lleva a muchas mujeres a retraerse de dar pasos adelante. Y esto sin tener en cuenta las reacciones, muchas veces brutales, a las que tienen que hacer frente así comiencen a no aceptar, aunque sea en cuestiones mínimas, una vida de dependencia y sumisión. La dependencia económica de muchísimas mujeres es un obstáculo ineludible.

Todo ello crea dificultades extraordinarias para un crecimiento mayor del movimiento organizado de las mujeres.

Junto a ello hay que señalar también otra serie de elementos que están hoy influyendo en la misma dirección.

Los planteamientos de las organizaciones feministas, las propias formas de vida de la mayoría de las mujeres que las componen, van tan a contracorriente en una sociedad patriarcal como la nuestra, suponen un enfrentamiento tan radical con las costumbres, normas y hábitos adquiridos que no siempre es fácil el acercamiento de nuevas mujeres al movimiento feminista y su incorporación a sus organizaciones. Sólo una línea de masas más afinada y una mayor implantación de los grupos feministas en los barrios y fábricas puede impedir que la distancia entre la vanguardia feminista y el conjunto de las mujeres del pueblo e incluso de las mujeres de izquierda siga siendo la que hoy es. Pero también sólo un mayor acercamiento entre las organizaciones populares —organizaciones obreras, asociaciones de vecinos, comités Anti-OTAN, etc.— y las organizaciones feministas puede favorecer una mayor difusión de los planteamientos de liberación de la mujer. Desde este punto de vista, la práctica liquidación de las Secretarías de la Mujer de CC.OO. ha supuesto un retroceso en relación a situaciones anteriores.

—La separación que hoy existe entre el movimiento feminista y los partidos y organizaciones populares es un enorme obstáculo para una mayor difusión de las ideas feministas. La práctica así lo ha demostrado: en aquellos lugares donde, aunque sea de un modo contradictorio, las organizaciones de vanguardia han adoptado una posición de apoyo, al menos a las luchas impulsadas desde el movimiento feminista, el trabajo se ha visto muy simplificado.

La tendencia a considerar que la responsabilidad de esta separación entre unas y otras organizaciones es del movimiento feminista es no sólo falsa, sino terriblemente grave desde el punto de vista de las consecuencias políticas.

Hemos señalado ya que en el interior del movimiento feminista existen posiciones tendentes a propiciar este separatismo. No basta sólo, aunque sea necesario, señalar que existen también las contrarias; es necesario, además, analizar las razones de las primeras. Sería muy superficial atenerse sólo a ese dato y no valorar las causas del mismo.

Salvo algunas excepciones, los movimientos populares —no olvidemos que compuestos mayoritariamente por hombres y bajo la hegemonía clarísima de los

mismos— han mirado con recelo, cuando no con hostilidad los planteamientos y reivindicaciones del movimiento feminista. Han existido y siguen existiendo todo tipo de obstáculos para que se consideren como cuestiones políticas las que plantea el movimiento de las mujeres. En los movimientos populares no existe ninguna tradición que sea una base positiva para este trabajo; no existe tampoco una comprensión ni mínima de lo que significa la organización patriarcal de la sociedad y, por otra parte, muchos hombres, avanzados en otros terrenos, ponen todo tipo de obstáculos a una lucha que, como bien comprenden, supone un cuestionamiento también de sus vidas, sus opiniones, sus actitudes políticas, etc...

No cabe duda de que la presencia de mujeres de partidos políticos revolucionarios en el seno del movimiento feminista, mujeres que se preocupan por intentar ser un nexo entre una y otra realidad, constituye una ayuda en este camino de intentar tender puentes entre el movimiento feminista y el resto de las organizaciones populares. Ello ocurre en la actualidad. Sin embargo, cabe abrir otras vías de rectificación. Todos aquellos revolucionarios que han llegado a comprender la importancia de la lucha de las mujeres por su liberación, deben plantearse que su presencia, su actividad en las organizaciones populares debe estar guiada por la idea de que es una tarea política lograr que estas organizaciones desarrollen la vertiente antipatriarcal de su lucha y conseguir que se comprenda en ellas la importancia del movimiento feminista y de la necesaria colaboración con él. Desde este punto de vista es evidentemente decisiva la actividad de las mujeres que militen en las diversas organizaciones populares, pero también los hombres tienen un gran campo de actuación: criticando las ideas y posiciones machistas, las actitudes de desconsideración hacia las mujeres, los juicios superficiales y gratuitos hacia el movimiento feminista, apoyando la actividad de las mujeres, etc., huyendo siempre del paternalismo hacia ellas. Lamentablemente es muy poco lo que se hace en la actualidad en este sentido.

BOLETINES IV CONGRESO FEDERAL

N.º 46-1

- ANTE EL IV CONGRESO FEDERAL
- REGLAMENTO PARA LA FASE PREPARATORIA DEL IV CONGRESO FEDERAL
- REFLEXIONES SOBRE EL PARTIDO Y SU ACCION
- CAPITALISMO Y PATRIARCADO
- EL FEMINISMO HOY

N.º 47-2

- PROBLEMAS DE LA TRANSFORMACION REVOLUCIONARIA
- UN PARTIDO REVOLUCIONARIO, UN PARTIDO COMUNISTA
- LA LUCHA POR LAS LIBERTADES NACIONALES

N.º 48-3

- ORIENTACIONES PARA NUESTRO TRABAJO SINDICAL
- SOBRE LOS ESTATUTOS DEL MOVIMIENTO COMUNISTA